5504
Sr. hijo de Eduardo

GALERIA DRAMATICA

Y

CENTRO DE ADMINISTRACION,

COMPRENDIENDO

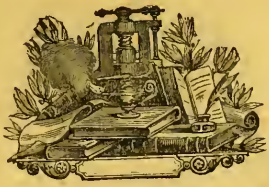
LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ESPAÑOL Y ESTRANGERO.

DE

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid.
Editor propietario M. P. Delgado.
CALLE DE JESUS Y MARIA, n.º 4.

CATÁLOGO DE LAS OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE ESTA GALERÍ

publicadas hasta 1.° de Enero de 1871.

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar
Accion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zor
zo.—Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo
cho.—Alfonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante
Amantes de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo mártir.
do.—Amor de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y
Amor venga sus agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Anton
Apoteosis de Calderon.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A rio revuelto
conspirar.—Arte de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las
A un cobarde otro mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.—Anillo de la duq
por el empleo.—Amores á nieve.—Amar sin dejarse amar.—Antaño y ogaño.—Ac
nicipal.—Andujar.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárb
berg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América
tuecas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Bo
corazon.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada c
razon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de S
Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Cárlos II el hechizado.—Cárl
frin.—Casada, vírgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casami
dia noche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de S. Alberto.—Casua
Catalina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la cieguecita.—C
los infundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton —Cisterna de Albi.—Club re
rio.—Cobradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegialas de Saint Cyr.—Colon
errante.—Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Con
lian.—Conjuracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Co
y cebolla.—Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retir
te.—Corte del Buen Retiro, 2.ª parte.—Corte de Cárlos II.—Cortesanos de don Juan
de la lealtad.—Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwell.—
oro.—Cuando se acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas
do con las amigas.—Cuñada.—Cuna no dá nobleza.—Celos de un alma noble.—Caja
ta.—Corazon y el dinero.—Celos de Mateo, *zarzuela*.—Calderon.—Carta y guarda p
nicienta.—Cerros de Ubeda.—Cortesanos de chaqueta.—Cuadros al fresco.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—D
do.—Desengaño en un sueño.—Detrás de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.
Cojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios
ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces.—Dómine consejero.—Don Alva
na.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Anteque
Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don
norio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el dine
Juan Trapisonda —Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña Maria
na.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casader
doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres
hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—
y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.—Dote de María.—D
tiga sin palo.—Duende del meson, *zarzuela*.—De España á Francia.—D. Quijote.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—
casa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—E
Empeños de una venganza —Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engaña
verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon
lera de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los p
tas.—Escuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Español
todo.—Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bar
Estupidez y ambicion.—Escomulgado.—El diablo está en todas partes.—En palacio
calle.—Escenas del siglo de las luces.—Espulsion de los jesuitas.—Escuela de las an
Espiacion de un delito.—En todas partes hay de todo.—Entre dos mundos.—Encapuch
El qué dirán y el qué se me da á mí.

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisad
nático por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—F
Mairena.—Fernan Gonzalez, 1.ª parte.—Fernan Gonzalez, 2.ª parte.—Finezas contr
vios.—Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra for
Fray Luis de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de b
boda.—Fé, esperanza y osadía.

LOS HIJOS DE EDUARDO.

DRAMA TRÁGICO EN TRES ACTOS,

escrito en francés

por Mr. Casimir Delavigne,

Y TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR DON MANUEL BRETON

DE LOS HERREROS.

M. P. D.

MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-baja, n.º 19, bajo.
Junio 1857.

PERSONAS.

EDUARDO V, rey de Inglaterra.
RICARDO, duque de York, su hermano.
RICARDO, duque de Glocester, tio de los príncipes, regente del reino.
EL DUQUE DE BUCKINGHAM.
SIR JAMES TYRREL.
LA REINA ISABEL, viuda de lord Gray, y despues de Eduardo IV, madre de los príncipes.
ANA, aya de los mismos.
EMMA. . } Damas de la reina.
FANNI. . }
EL CARDENAL BOURCHIER. }
EL ARZOBISPO DE YORK. . } No hablan.
DIGHTON. . . . . }
FORREST. . . . . }

LORES, SEÑORES DE LA CORTE, GUARDIAS, ETC.

Este drama pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad en el todo de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

ACTO PRIMERO.

Salon en el palacio de Lóndres. A un lado la reina ocupada en bordar; al otro, labores de tapicería que han dejado sus damas. Estas aparecen acabando de vestir al duque de York.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL. EL DUQUE DE YORK. ANA. EMMA. FANNI.

Isabel. Estás ya? puedo mirar?
(*Al duque de York sin levantar los ojos.*)
York. Oh! No.
Isabel. Niño!
York. Todavía...
Un momento, madre mia...
Venga el dorado collar. (*A Ana.*)
Ana. Luego...
York. (*Corriendo á una mesa y tomándolo de ella.*)
Le atrapé!
Ana. Señora,
mandad al príncipe os ruego
que se esté con mas sosiego,
ó no acabo en una hora.
Parece una golondrina!
York. Se enfada porque recelo
el lazo... Cógeme al vuelo!
Ana. Ah!
York. Corre, vieja ladina!

608254

Ana. Vuestra gracia bien lo sabe.
Es grave asunto un vestido
de etiqueta...
(*Corriendo á echarle mano de improviso.*)
Le he cogido!

York. (*Huyendo el cuerpo.*)
Que no!

Isabel. Sí; el asunto es grave.

Ana. Lord Glocester, vuestro tio,
hoy ha de venir por vos
para recibir los dos
al rey.

Isabel. Vamos!... No me río.
Mira que pronto vendrá
Glocester, y por tu gusto
hacerle esperar no es justo.
Cuidado!... (Qué hermoso está!)

Ana. Vuestro hermano un ángel es;
vos un diablo.

York. Hipocritona!
Porque él tiene una corona,
y yo no la tengo! Pues!

Ana. Allá en el pais de Gales
con un rasgo que sé yo
memoria al partir dejó
de sus virtudes reales.

York. (*Acercándose.*)
Un rasgo... Cuenta. Cuál fué?
Los elogios de mi hermano
me encantan.

Ana. (*Asiéndole.*) Ya te eché mano,
desertor!

York. Me vengaré.
Qué traicion!

Isabel. Sí. — Pobre niño!
Yo de tí no lo creyera.
Abusar de esa manera
de su fraternal cariño!

Ana. Oh! Pues no los hizo Dios
de un temple. Este alegre, vivo,
fogoso; aquel reflexivo,
sensible...

Isabel. Amables los dos.
York. Oh! Si otra vez tú me pillas...
Me acabarás de ajustar
la jarretera? He de estar
todo el dia de rodillas?
Ana. Vuestra paciencia reclamo.
La vejez siempre es tardia,
Ricardito.
York. Oh, qué porfía!
El duque de York me llamo.
A mí Ricardito? Vaya!
El *ito* me suena mal.
Nunca es uno hombre formal
á los ojos de su aya! —
Despacha. Me desespero.
Ana. Eh! Ya estais en libertad,
bello cautivo.
York. (*Poniéndose delante de la reina.*)
Mirad.
Qué tal estoy?
Isabel. Hechicero.
Emma. Dá gozo el mirarle.
Isabel. Ven,
que en ese rostro gentil
quiero darte un beso... mil!
Ricardo mio! Mi bien!
York. Ana, dime si ó no,
tú que á Eduardo alabas tanto:
con su corona y su manto
será mas bello que yo?
Isabel. Gloria los dos de esta madre
y de la nacion britana. —
Alza esos luceros. — Ana,...
todo el rostro de su padre.
Ana. (*Apoyada sobre el respaldo del sillon de la reina.*)
Sí, todo.
Isabel. Amoroso, ufano,
así sonreia el rey
cuando elevó á lady Gray
hasta el dosel soberano.
York. Lady Gray? Esa érais vos.

Isabel. Sí; y cuando á sus pies un dia
le pedí la herencia mia,
cuál lloraba yo, buen Dios!
Fué muy generoso.

Ana. Pero
vos muy mas bella, señora.

York. Oh! Sí. Bella como ahora.

Isabel. (*Le besa.*)
Sí?... Toma... por lagotero!

Ana. Con besos le castigais?
Eso ya raya en locura.
A fé que tanta ternura
á su hermano no mostrais.

York. Besándole luego aquí
yo con él la partiré.

Isabel. Ah! Cuánta su pena fué
en Ráudsor, lejos de mí!

Ana. Siempre sufriendo.

Isabel. La pena,
tierna flor, te ha marchitado.
Qué de lloros me ha costado
aquella angustiada escena,
cuando al partir de este mundo
¡hijos!... mi Eduardo exclamaba,
¡hijos mios! y os besaba
con su labio moribundo!!
«Amaos, dijo, cual yo
os he amado...» Oh desconsuelo!
Los ojos alzaba al cielo...
y la muerte los cerró.

York. (*Conmovido.*)
A Windsor los tres iremos
do reposa su ataud,
y de Eduardo la salud
postrados le pediremos;
y dos coronas de acanto
que tú enlazarás piadosa,
pondremos sobre la losa
regada con nuestro llanto;
y tú le dirás: «así,
sea cual fuere su suerte,
unidos hasta la muerte

vivirán tus hijos.» Sí?

Isabel. (*Enjugando los ojos al príncipe.*)
Ah! Sí, mañana.

York. Y despues
yo acabaré de curar
á Eduardo. Dejadme obrar.
Tengo un remedio!...

Isabel. Cuál es?

Ana. Jugar...

York. Lo tomas á risa?
No hay medicina mejor.

Isabel. (Siempre en un niño al dolor
sigue de cerca la risa!)

York. Lord Rivers vuelve con él?

Isabel. Sí.

Ana. Qué noble caballero!
Él es amigo sincero,
buen deudo y súbdito fiel.
Hermano, en fin, de su madre.
De él bien puedo responder.

Isabel. Qué quieres darme á entender...

Ana. Yo... que es su segundo padre...
No tienen otro!

York. Es severo:
mucho. Oh! Con él no me rio;
pero yo, tio por tio,
mas que á Glocester le quiero.

Isabel. No hables así del regente.

York. Yo...

Isabel. Si Ana te lo aconseja,
hace mal. Tienes tú queja
de un tio tan indulgente?
No dudes de su ternura,
ni la pagues de ese modo,
que de tu padre es en todo
imágen...

York. No en la figura.

Isabel. Mira que me enojo, Eduardo.

York. Pues no riñamos por eso,
madre mia. Dadme un beso,
y diré que es muy gallardo.

Isabel. Si cuando seas mayor

le imitas, no te irá mal.

York. Sí; por un lado... tal cual;
(*Haciendo el corcobado.*)
mas por el otro...

Isabel. (*Con severidad.*) Milord!

Ana. Perdonadle. Es una chanza.
Eso no vale la pena.

Isabel. Su índole es buena, muy buena.
Mas le dán una crianza!...

Ana. Señora...

Isabel. Y en qué ha faltado
Glocester? Con tierno amor,
di, desde que es su tutor
á mis hijos no ha tratado?

Ana. Sí, hasta ahora; mas...

Isabel. Por qué
la justa veneracion
negarle? Con qué razon
osas dudar de su fé?
Las virtudes y el valor (*Al duque.*)
valen mas que un rostro bello.
Lo ois? Pensad bien en ello,
señor duque, el mofador.

York. Madre mia!...

Isabel. Andad! No os quiero:
teneis muy mal corazon.

Ana. Mirad... Ya llora!

York. Perdon!

Isabel. Apártese el zalamero.—
(Angel de mi alma! Le riño
á mi pesar...)

Ana. Por allí
viene alguno. El es.

Isabel. Él?

York. (*Remedando á su tio.*) Sí.
Ya no le conoces?

Isabel. Niño!
Tengamos la fiesta en paz.

Fanni. Nos vamos?

Isabel. Ah! Mi rigor...
(*A las damas.*)
No. Tomad vuestra labor.

(*A Ana aparte.*)
Qué bien le imita el rapaz!

ESCENA II.

LOS PRECEDENTES. GLOCESTER.

(*Las damas de la reina se sientan tomando sus labores. El duque de York de rodillas delante de Ana teniendo en los brazos una madeja de seda que aquella devana.*)

Isabel. Habeis recibido carta
del hijo que ausente lloro,
milord? Dos dias eternos
sin noticias suyas! Cómo
no escribe á una tierna madre
ni milord Rivers tampoco?
Glocester. Pues! Hé aquí los hijos! Nada
quieren hacer por nosotros,
y siempre esperan ¡ingratos!
ser bien recibidos.
York. Qué oigo!
(*A Ana con tono de mofa. Ana le impone silencio con una seña.*)
Ingratos!
Isabel. No, no es tan grave
la culpa. Por ellos solos
amamos á nuestros hijos.
Pobre ángel! Tenga yo el gozo
de saber que no padece,
y todo se lo perdono.
Glocester. Pronto le vereis: calmaos.
Do quiera con alborozo
los ingleses le reciben
victoreándole amorosos,
y á sus pies vertiendo flores,
y con reverentes votos
su salud pidiëndo al cielo.
Hoy vais á verle en el colmo
de la gloria. Ilustre sangre
de York, plácido retoño
de la insigne rosa blanca,
fecunda en hechos gloriosos,

yo el primero con tu triunfo,
súbdito humilde, me honro.

Isabel. Con qué placer os escucho!

Glocester. Mas aun veo con asombro
el velo de la viudez
cercar ese bello rostro.
Dejad, siquiera por hoy,
dejad el luto penoso,
madre feliz, y el contento
brille ufano en vuestros ojos.

Isabel. Qué, milord! No debo nada
al que me elevó á su trono?
Yo soy madre venturosa,
y esposa infeliz. Ese otro
dulce Eduardo que hoy espero
recuerda á mi justo lloro
el Eduardo que perdí.

York. (*A la mas jóven de las damas de la reina, que jueqa con él.*)
Me desafias? Otorgo.
(*La dá un beso.*)
Ahí tienes prenda. Si quieres,
vuélmela.

Ana. (*Siguiéndole.*) No seais loco,
milord. Ya habeis enredado
la madeja. Buen negocio
habeis hecho!

York. Desenreda
tú...

Ana. Y los nudos?— De qué modo?...

York. Se cortan.

Glocester. (*A la reina sonriéndose.*)
Otro Alejandro.

Isabel. No hay niño mas revoltoso.

Glocester. Hola, vos de gala! Bien.
Estais hecho una ascua de oro.

York. Aun falta el manto de armiños;
pero ese no me lo pongo
hasta la consagracion.

Glocester. Sí; en Westminster.

York. Cuándo?

Glocester. Pronto.

York. Por qué no decís: mañana?
Pensais que soy yo tan bobo?
Pronto es un mes, es un año...
Glocester. Un siglo.
York. Pues! Un demonio!
Y se puede uno morir
mientras tanto.
Isabel. (*Sobresaltada.*) Ah! Dios piadoso
no lo permita.
Glocester. Esperar
es como estar en un potro.
Verdad?
York. Bien. Cuándo?
Glocester. Á los niños
les parece perezoso
el tiempo, y á los ancianos
harto veloz.
York. Oh, qué plomo!
Cuándo pues?
Glocester. Pronto.
Isabel. Milord,
sentaos.
York. Yo me acomodo
en sus rodillas.
Isabel. Ricardo!
Tú abusas...
Glocester. Quieto! Es donoso.
York. No, que abuso.
Isabel. Él lo consiente.
Á qué es ahora el enojo?
Glocester. Me divierte.
Isabel. Y á qué hora
entrará el rey? Yo supongo
que habrá avisado...
Glocester. Esta noche
le abrazarémos gozosos
en la torre.
York. Y por qué allí?
Glocester. Si en vez de daros al ocio
leyéseis lo que debiérais,
no pasára yo el sonrojo
de advertiros que en la torre

desde tiempos muy remotos
algunos dias residen,
antes de subir al solio
coronados, nuestros reyes.

York. Qué pena! Allí hay calabozos.

Glocester. Gran pena entrar en la torre
para salir venturoso
á ceñirse una diadema!

York. Bien; y cuando salga, ¡oh gozo!
gobernará...

Glocester. No, querido.

Isabel. Rey de nombre será solo
hasta ser mayor de edad.

York. Rey de nombre? Qué bochorno!
Si yo el título tuviera
no diera el poder á otro.

Glocester. Vos reinar á los trece años!

York. Sí, milord.

Glocester. Bravo piloto
á la nave del Estado
diera milord! Qué brioso
ejército formaria
para defender su trono
con los chicuelos del muelle!

York. Fiaria en el apoyo
de los bravos que sirvieron
á mi padre generoso.

Glocester. Son viejos para milord.

York. Pues milord aunque visoño
se haria viejo.

Glocester. De veras?
Y decidme, de qué modo...

York. Lidiando como ellos.

Glocester. Bien!
Sentimientos tan heróicos
son dignos de una corona.

York. El que la ciñe tiene hombros
para sostenerla.

Ana. (Bien!)

Isabel. Y quién dé su patrimonio
osaria despojarle,
cuando leal y animoso

lord Glocester le defiende?

Glocester. Sí. Otra dicha no ambiciono
que morir en su defensa.

York. Y aquel arrogante tordo
que me teneis prometido?
No me le dais?

Isabel. Fastidioso!
Siempre pidiendo.

Glocester. Es muy vuestro,
mas tiene brios el potro.
Sabreis cual yo manejarle?

York. Dádmelo, y vereis si monto
como un hombre, aunque soy niño.

Glocester. Bien dice el proverbio.

York. Cómo?

Glocester. Yerba mala pronto crece.

York. Y aun por eso algun apostol,
que yo sé, desde pequeño
estudió con el demonio.

Isabel. (*A Glocester.*)
Hablemos del rey, milord.

Glocester. Quién, milord?

York. Yo le conozco.

Glocester. Pero quién?

Isabel. Duque de York,
mirad que ya me incomodo.

Glocester. No! Su malicia me encanta:
me hace reir como un tonto.
Que hable, que hable. Tiene un pico
admirable.

Isabel. Yo me opongo.
Vos le mimais demasiado.
(*En voz baja.*)
Es maligno como él solo,
pero os quiere tanto!

Glocester. Y yo
deliro por él, le adoro.—
Dadme acá un beso. Esta rama
no desmerece del tronco.

Isabel. Y su hermano?

Glocester. Oh! Sí. Tambien.
Valen los dos un tesoro.

Felices os haga Dios,
tiernos y amables pimpollos,
cual vuestro tutor desea.

Isabel. Protegedlos, que en vos pongo
mi confianza, milord,
y la proteccion que imploro
alcance á todos los mios.
Dos veces entre sollozos
os tendió Rivers su mano
sobre el lecho de mi esposo.
Velad los dos por mis hijos,
y amaos el uno al otro.

(*Óyese algun rumor bajo las ventanas.*)

Pregonero. (*Dentro.*) «Proceso y sentencia de lord Hastings, Par del reino, acusado y convicto del crimen de alta traicion.»

York. Hastings!... Piedad!

Isabel. Con mis hijos
fué siempre tan cariñoso...

Glocester. Vos intercedeis por él;
y os ha vendido! Es un mónstruo.
Por vuestro bien le condeno.
Su castigo era forzoso.

Pregonero. «Prision de lord Rivers, conducido desde Northampton á la fortaleza de Pomfret por órden del duque de Glocester, regente del reino.

Isabel. Qué oigo!

York. Lord Rivers!

Glocester. (*Riéndose.*) Sí; el mismo.
Mas no temais. Yo respondo...

Isabel. Qué ha hecho?

Glocester. (*Lo mismo.*) Nada.

Isabel. Y á qué fin...

Glocester. Es vuestra sangre; este es todo
su crímen.

Isabel. Qué! Os hace sombra?

Glocester. Sombra á mí?... Ni por asomo.—
Cuando estemos sin testigos
os hablaré sin rebozo.
En breve le abrazaréis:
recobrad vuestro reposo.—
Y vos me dareis las gracias;

y él tambien.

York. Si hay alevosos
que atenten...

Isabel. Vete á jugar,
mi vida. Dejadnos solos. (*A las damas.*)

York. Cumplirme vuestra promesa,
y vereis qué tal me porto
sobre el bridon.

Glocester. Bien podria
caer de un bote en el polvo
el ginetillo.

York. Tambien
me vanís vos con apodos?
Si solamente calzasen
espuela los buenos mozos,
quizá mas de un caballero
andaria por el lodo.

Glocester. Calle! por el lodo...

York. Adios,
caro tio.

Glocester. Adios, hermoso.
(Estos muchachos que salen
tan agudos... viven poco.)

ESCENA III.

ISABEL. GLOCESTER.

Isab. Qué es de Rivers? Hablad. De qué le acusan?
Qué debo yo temer?

Gloc. Nada, señora:
creedme.—
(*Bajándose á mirar la labor de la reina.*)
Primoroso es el bordado:
la guirnalda que en torno le decora
de un gusto delicado.

Isab. Soy mujer, os comprendo, y mi destino
es limitarme á frívolas tareas.

Gloc. He dicho yo, señora, por ventura?...

Isab. Si vos no lo decís, yo lo adivino.
Ah! Guardad los secretos del Estado;
guardadlos en buen hora receloso:

harto los conocí. No ya por ellos
quiero perder mi dicha y mi reposo.
Mas si ya no soy reina como un dia,
soy hermana, milord, soy madre, y tiemblo.
Tiemblo, sí: perdonad. Mi estrella impía
me ha condenado á perdurable duelo,
y avezada á sufrir, ni en la esperanza
de un grato porvenir hallo consuelo.
Desterrad el lenguaje cortesano.
Soy vuestra hermana: habladme como hermano.

Gloc. Ese nombre me halaga y me envanece;
mas sin justa razon temblar os veo.
Rivers preso! Es verdad.—Cuál es su culpa?—
Solo su amor á Eduardo le hace reo.
Y yo, tambien leal, de riesgo tanto
á ese fiel servidor librar deseo.

Isab. Y qué riesgo?...

Gloc. Al orgullo, á la arrogancia
de la antigua británica nobleza
ulceró, lo sabeis, el lazo augusto
que del poder os elevó á la cumbre.
La torpe envidia y el rencor injusto
tales fueron, oh reina, de esos lores,
que al ver á vuestros deudos
colmados de riquezas y de honores,
mientras yo sus virtudes pregonaba,
mofaban la humildad de sus mayores.
Rivers, por vuestro influjo y por el mio
de Par del reino alzado á la alta gloria,
sentóse entre nosotros; cuyos nombres
en la noche se pierden de la historia.
De entonces le miraron desdeñosos
las dotes que le ilustran olvidando.
Noble de ayer; decian, tal grandeza
no á sus timbres la debe, no á su cuna,
que obra fué del favor. Crecia el odio
cuando halagaba á Rivers la fortuna;
y si el odio en los pechos enconado
no le inmoló tal vez, fué que temieron
al rey por vuestras gracias sojuzgado.

Isab. Milord!

Gloc. Y quién no rinde su albedrio

á iman tan poderoso? Al contemplaros,
señora, yo tambien os rindo el mio.
Mas ya muerto el monarca de Bretaña
muéstrase audaz la reprimida saña.
Árbitro, no ya guarda, vuestro hermano
del nuevo soberano...—
Ellos hablan, no yo,—tal vez anhelan
arrebatar el cetro de su mano.

Isab. Rivers! Calumnia atroz!

Gloc. Bajo ese nombre
persigue su furor á vuestros hijos,
y antes que Eduardo consagrado sea
abrir infame senda al regicidio
matando á Rivers la traicion desea.

Isab. Ah qué horror!

Gloc. Tanto ciega la venganza!
Y el autor de esa trama abominable
quién es? Hastings.

Isab. Gran Dios! Él mi enemigo!
Y á mis hijos mostraba
tanto y tan tierno amor! De quién fiarme?
De quién?

Gloc. De mí, que su maldad castigo.
No empero duerme el bando sedicioso
muerto el sagaz caudillo. Era forzoso
asegurando á Rivers un asilo
la saña desarmar de sus contrarios.
Ved ahora con ánimo tranquilo
de su prision la causa. En mi prudencia
fiad. Pronto la calma
renacerá: lo espero.
y brillará de Rivers la inocencia,
y en mí verá el amigo mas sincero.
Hé aquí todo el arcano.
Decidme que no os hablo como hermano.

Isab. Y ha de ser la virtud triste ludibrio
de la humana ambicion!

Gloc. Y qué dijérais
si al estremo llegase su osadía
de insultar á su reina?

Isab. Á mí!

Gloc. Traidores!

De ilegítimo acusan vuestro enlace,
y saciar no pudiendo sus furores
sin arrancar á vuestros tiernos hijos
sus sagrados derechos,
ya que su vida no, nada perdona
la obstinada faccion,

Isab. Hablad. Qué trama?...

Gloc. Oh triste humanidad! Cuando pregona
torpes calumnias lenguaraz la fama,
si baldonan sin freno al poderoso,
el necio vulgo las acoge ansioso.

Isab. Por piedad, esplicaos!

Gloc. Cuando una Juana Shore, escarnecida
del pueblo y de la córte, al lodo inmundo
torna á caer y en el cadalso muere
de insensata ambicion ejemplo al mundo,
aunque nacidos en dorados lechos
prole de escelso rey sus hijos fueran,
al postrer ciudadano de Bretaña
es dado contestarles sus derechos.
Ellos nacieron oprobioso fruto
de un adúltero amor. Mas vuestros hijos!...

Isab. Qué, milord! Á la honra de su madre
se atreven? Responded.

Gloc. Falsos rumores.
Tema Albion mi justicia
si descubro á sus pérfidos autores.

Isab. Se atreven!

Gloc. Ah, milady! desde el trono
cercado siempre de afanoso tedio,
cuán mísero espectáculo es el mundo!

Isab. Herir á un tiempo su feroz encono
á mí, á mis hijos, á mi hermano! Oh cielo!
Al oir tanta infamia soy de hielo.

Gloc. Pretenden ¡oh demencia!
que cediendo vos misma al incesante
clamor de la conciencia,
salvar quereis amante
de vuestros caros hijos la existencia,
y signar... De su indigno desacato
habrá de ser intérprete mi lengua! —
Signar... ah! la solemne

pública confesion de vuestra mengua.

Isab. Qué! Mi mano?...

Gloc. Por dar á vuestros hijos
prueba ejemplar de afecto y de ternura
su vida anteponiendo á esos derechos
que os dieran tantos dias de amargura.

Isab. Yo por un vil terror á oprobio tanto
descender! Yo á los hijos de mi vida
deshonrar por mi mano! Yo robarles
su herencia, su derecho
augusto, imprescriptible, sacrosanto!
Yo, milord! Débil soy, mas frente á frente
no me arredrará la faccion impia.
No. Reina á un tiempo y madre, yo en mis ojos,
yo en mi rostro de cólera inflamado
el mentís de su infamia llevaría.
Siguiéranme los hijos que idolatro
por medio de la absorta muchedumbre;
y alzára yo orgullosa al heredero
de Eduardo entre mis brazos maternales;
y á Londres, sí, y al universo entero
diría, gritaría...
No sé, no sé qué haria en mi delirio.
Si palabras me faltan, mis sollozos
mostrarán congojosos el martirio
de un corazon de madre, y elocuentes
mas que mi voz mis lágrimas ardientes,
«salva á tu rey, oh pueblo!
sálvale! clamarán. Este es Eduardo;
el inocente príncipe oprimido
que en su triste orfandad y en su abandono
á tu apoyo se acoge. Hé aquí su madre,
adopta, oh pueblo, á mis amados hijos,
pues la calumnia vil les niega un padre.»
Hijos de mis entrañas!... Ah! Que vengan,
que vengan á insultarme vuestros lores,
aquí, á mi faz; y entre mis dos tesoros
yo me alzaré terrible á los traidores.
Ni herida la leona
igualára mi ardor, mi saña fiera,
si un dia la existencia, los derechos,
el honor de mis hijos defendiera.

Gloc. Virtud, santa virtud! Hé aquí tu acento!
Mas yo el primero, si la lid se trava,
yo, que maldigo su furor sangriento,
vuestro escudo seré. Dudais acaso?...

Isab. De vos? Ah! no. Despues de la del cielo
sed vos mi providencia.
Vuestro celo, milord, vuestra prudencia,
que agradezco y admiro, hoy ha salvado
á mi hermano infeliz. Ah! vuestra obra
coronad, y mi alma... Quién ha entrado?

ESCENA IV.

LOS PRECEDENTES. WILLIAM.

Wil. El duque de Buckingham,
portador de un mensage, á vuestra gracia
desea hablar, milord.

Gloc. Oh perdurable
(*Dando un paso para retirarse.*)
esclavitud! Señora, á recibirle
saldré, si permitis...

Isab. (*Deteniéndole.*) Aquí.—Que venga. (*A William.*)
Libre os dejo, milord. Mi duelo es tanto
que en vano reprimirle intentaria.
A solas quiero á mi afanoso llanto
dar libre rienda. Plácida y serena
así despues al hijo de mi vida
recibiré quizá; que al seno amante
no con frente llorosa y abatida
le quisiera estrechar.

Gloc. No plegue al cielo...

Isab. Os espero, milord.

ESCENA V.

GLOCESTER, *mirándola.*

Oh cuán hermoso
brilla su rostro entre el oscuro velo!
Vive Dios que me agrada y me enamora
una reina... de duelo!

Oh qué amable gemir! qué bien lo llora!
Cuando las vierte un alma desolada
las lágrimas son perlas.
Quien conoce su encanto
harialas correr solo por verlas.

ESCENA VI.

GLOCESTER. BUCKINGHAM.

Buck. Guarde el cielo al Protector.
Glocester. Bien venido. Es cosa hecha?
Buck. Mi celo no ha permitido
que os trajese otro la nueva.
Glocester. Gloria á Buckingham! Tú colmas
mi gozo. Es segura empresa,
primo, la que á ti se fia.
Y qué tal en la asamblea
te han recibido?
Buck. Mejor
que yo esperaba; de veras.
Todo lo que no es *nosotros*
me repugna, me impacienta.
Mi horror al pueblo es sabido.
No obstante, haceros es fuerza
de mi imponente auditorio
una sucinta reseña.
Empecemos por el lord
corregidor. Si le viérais!...
No cabia en el sillon
su hinchada prosopopeya.
Qué compacta magestad
la de los graves aldérman!
Al ver sus plegadas frentes
creyérais leer en ellas
cotizaciones de bolsa,
cargarémes é hipotecas.
Por sus estúpidos labios
vagar se veia aquella
bien aventurada risa
que anuncia sendas talegas.
Yo me dejé en el umbral

la cortesana etiqueta,
y perfumó mi discurso
cierto olorcillo de tienda,
que daba gozo el oirme.
Viérais á aquellos babiecas
llorar lágrimas de á puño
vencidos de mi elocuencia!
Nunca se vió en mostradores
tan interesante escena.
Yo me mostré mas pleveyo,
mas mercader en mi arenga
que el mismo corregidor
y la *City* y los aldérman.
Pueblo era allí todo el mundo;
y durante la refriega
parlamentaria, yo mismo
llegué á dudar si lo era.
En fin, milord, ya han firmado
el título que os eleva
á la cumbre del poder.
Ya Londres os victorea
Protector del reino unido
y del rey y de la reina...
Qué sé yo? Gritan por vos,
y por mí, y por mas que vengan....
Los pulmones del comercio
juro á Dios que son de piedra.

Glocester. Mucho hay que esperar de un paso
tan feliz.

Buck. Mi recompensa
debia ser el condado
de Hereford.

Glocester. Sí. Bagatela!
Mas hará por ti Glocester
si el amor que te profesa
su poder iguala un dia.
Y de Rivers qué me cuentas?
Qué dicen?

Buck. Sobre eso corren
cien opiniones diversas.
Mas ya no temais al menos
que á la libertad le vuelvan.

Glocester. (*Mostrándole el cuarto de la reina.*)
Mira cómo hablas, Buckingham.
Cayó anoche su cabeza?
Buck. Así lo habíais mandado.
Glocester. Dios en su gloria te tenga,
buen Rivers. No le guardemos
rencor despues de la huesa,
Buckingham.
Buck. Yo no le odiaba;
mas al hidalgo de aldea
quién le metió en codiciar
la alta dignidad suprema
de Par del reino? Por qué
no limitó su soberbia,
allá en su feudo mezquino,
á la campestre tarea
de achuchar á sus lebreles
tras de una liebre que vuela,
y armar á una zorra lazos
en torno á la madriguera?
A su hermana... la respeto:
me basta que madre sea
de mi rey; pero esos Rivers,
esos Gray, esa secuela
de parientes; tanto primo
como á su lado vegeta...
Quién me obliga á respetar
esa comparsa perpétua?
Para esas gentes la córte
es una especie de venta.
Entran de paso, nos sirven
de diversion sus grandezas;
parten: buen viaje. La muerte
de Hastings solo me dá pena,
que al fin era esclarecida
su sangre como la nuestra.
Glocester. Dió en ser muy escrupuloso.
Escarmiento de otros sea
su muerte. Cuando un amigo
en la estacada me deja,
anochece y no amanece:
este es, primo, mi sistema.

En cuanto á Rivers, que siempre
fué mi adversario, era fuerza
encarcelarle y que en Londres
su prision pública fuera.
Ya á voz de pregon se anuncia.
Conviene que el pueblo vea
que de todo soy capaz.—
Pero su muerte sangrienta
ocultemos. Lady Gray
capaz sería al saberla
de alguna virtud romana
que mis planes destruyera.
Guardar querria á sus hijos,
y es bueno que yo los tenga
á buen recaudo en la torre
sin deberlo á la violencia;
que despues...

Buck. Qué hareis?

Glocester. El hombre
propone...

Buck. Y... bien?...

Glocester. No te acuerdas
del proberbio? Y Dios dispone.
Mas en tu brillante arenga,
no te ocurrió deslizar
alguna especie ligera
sobre esa voz que ha corrido?...

Buck. Sobre qué?

Glocester. La voz que niega
á los hijos de Isabel
el derecho á la diadema.

Buck. Voz sin apoyo. Es inútil
que mi labio la desmienta.

Glocester. Mucho ha cundido no obstante,
pues lo sabe ella.

Buck. La reina?

Glocester. Lady Gray. Gritó al principio;
mas luego turbada, inquieta
no acertaba á responder,
vagaba su vista incierta,
como si algun invencible
remordimiento sintiera

su corazon.

Buck. No abuseis
del rubor que tal ofensa
debió causarla. Isabel
es modelo de princesas.
Respetemos su virtud.

Glocester. Acaso las apariencias
me engañaron. Pero juzgas
tú, que de sagaz te precias,
que nada ocultó el consejo?

Buck. Esos pobres diablos llevan
el corazon en el rostro.

Glocester. Protector... Enhorabuena.
Y si quisieran hacerme
algo mas?

Buck. Qué mas?

Glocester. Tú piensas?...

Buck. Hablad.

Glocester. No me entiendes?

Buck. No.

Glocester. Protector siempre: eso es fuerza...
mas... con otro nombre.

Buck. Cuál?
El de rey?

Glocester. Quizá esa idea
tendrán...

Buck. No, milord.

Glocester. Yo temo
que al cabo me comprometan...

Buck. No lo temais.

Glocester. Mas... supongo
que temerarios se empeñan
en coronarme. Qué haré?

Buck. Rehusar.

Glocester. Ah! Tú me aconsejas?...

Buck. Rehusar, milord.

Glocester. Habla bajo.

Buck. Sí. Perdonad mi franqueza.
Y aunque acepteis, cómo al trono,
cómo abriros una senda?
La falsa voz que denigra
de Eduardo á la prole regia

contra la santa verdad
no espereis que prevalezca.
Sin abrir cruel dos tumbas
rey no sereis de Inglaterra.
«Acepto» es palabra impía
que á dos ángeles sentencia,
y vos no pronunciaréis
esa palabra sangrienta.

Glocester. No ha sido tan timorato
mi primo en otras empresas.

Buck. Cierto. Y qué me importa á mi
que esa precaria caterva,
que esos laureados pecheros
que alguna aura palaciega
balagó, efímeras plantas,
entre el polvo desparezcan
bajo el brazo que los hunde
ó bajo el pie que los huella?
Pero la sangre real
no así mi orgullo desprecia.
Sus derechos garantizan
los fueros de la nobleza.
Á nosotros ha de herirnos
el que á esos príncipes hiera;
y el pueblo será su apoyo,
si no con razon, sin ella.
Sé que al pueblo no le incumbe
mas fuero que la obediencia,
porque no es baron ni conde
para decir lo que piensa.
Mero espectador... Mas guarda
que en actor no se convierta,
porque entonces es terrible!
Ni ha de faltar quien encienda
contra vos su ciega saña.
Y qué hareis en la pelea
de un vano título armado
si las tropas se sublevan?
Quién osará defenderos?
Qué bareis, milord, si la Iglesia
lanza contra vos las armas
de exorcismos y anatemas?

Vuestros deudos mas cercanos
guardad, milord, no os precedan
en el patibulo infame
si se traba la contienda.
Cuando acero bendecido
blande fanática diestra,
jamás á la vaina vuelve
si en la sangre no se ceba
de los vencidos. Mirad
que el demonio os aconseja.
Direis que Eduardo será
débil rey: bien; que lo sea.
Quitadle el poder y viva
en perdurable tutela.
Qué importa dejarle un nombre
si al fin la corona es vuestra?
Mas sobre tumbas alzado
el trono vacila y tiembla;
y el pie resbala en sus gradas
si sangre corre por ellas.

Glocester. No es tu fuerte la moral,
pero hoy has dicho sentencias
admirables. Te agradezco
el celo que me demuestras.

Buck. Podré tomar posesion
del condado?...

Glocester. Ya se acerca
la hora.

Buck. Pero...

Glocester. El deber
me llama. Isabel me espera
con su hijo.

Buck. Pero me habeis
prometido...

Glocester. Oh qué molestia!
No estoy de humor para gracias.
Caro primo, adios te queda.
Meditaré muy despacio
tu consejo... y mi promesa.

ESCENA VII.

BUCKINGHAM.

Pérfido! — «Cuando un amigo
en la estacada me deja
anochece y no amanece.»
Él lo ha dicho. Y qué! tremenda
ya me amenaza su ira,
porque fué veraz mi lengua?
No, no es posible. A un amigo,
á un deudo... Su hermano era
Clarenza!... Me hará matar. —
Mas su poder no me aterra,
que en el partido del rey
conservo grande influencia.
Vuelo en su busca... Qué intento?
Si me pongo en guerra abierta
con Glocester, soy perdido.
Bueno es obrar con cautela,
con sigilo; que algun dia
puede ser que se arrepienta.
Sin comprometerme mucho
prevenir quiero á la reina...
Está el regente en su cuarto. —
Escribiré... Cuando lea
mi carta será ya tarde. —
Mas si los príncipes quedan
en su poder, no hay remedio:
hoy mueren; y mi cabeza
tras de la suya caerá.
Salvad á la estirpe regia
de Eduardo, Dios poderoso!
Amparad á la inocencia,
Dios de bondad! — Cuando el miedo
hiela la sangre en las venas,
la primer palabra es *Dios*.
Mas qué veo? Aquí se acerca
Ricardo. Dios me ha escuchado.
Bendigo su providencia!

ESCENA VIII.

EL DUQUE DE YORK. BUCKINGHAM.

Back. Milord!...
York. La reina me espera.
Voy de prisa.
Buck. Oidme!
York. Vos
quereis que me riña?
Buck. Dos
palabras!
York. Ni una siquiera.
Buck. No ireis...
York. Yo corro...
Buck. (*Deteniéndole.*) Esperad!
York. Siempre jugando conmigo
y ahora!... Dejadme os digo.
Buck. Por vuestra vida callad!
York. Os burlais, duque, de mí?
Buck. No, vive Dios!
York. Qué buen dia!
En la torre... Qué alegría!
Buck. Guardaos de entrar allí!
York. No he de abrazar á mi hermano?
Buck. No.
York. Mil besos le daré.
Buck. Mirad que os perdeis!
York. Por qué?
Buck. No os fies del inhumano...
York. De quién?
Buck. (Qué haré?)
York. Estais demente?
Buck. Ver á la reina quisiera.
York. Venid.
Buck. Solo.
York. Eso es quimera.
Está con ella el regente.
Buck. Cielos!
York. Vamos á partir.
Buck. Si no la veo...
York. Y mi tio...
Buck. Muere Eduardo.

York. Hermano mio!
Buck. Mirad!...
York. Mi Eduardo morir!
Buck. Urge el tiempo.
York. Yo me apuro.
Qué haremos?...
Buck. Si á Eduardo amais,
á la torre no vayais.
York. No. Lo prometo.
Buck. Seguro?
York. Si una vez digo que no,
nunca cedo.
Buck. Á fé de inglés?
York. Y de príncipe. — Ella es.
Buck. Vienen?
York. Pero aquí estoy yo.
Buck. Ah! Podré ocultarme?
York. Vaya
si podeis! Venid, tras mí.
(*Abriendo una puerta que está enfrente del cuarto de la reina.*)
Entrad. Escondido aquí
dí ayer un susto á mi aya.
Buck. Firmeza!
York. Apenas respira
mi pecho, tiembla mi mano...
Mas pienso en mi pobre hermano,
y su peligro me inspira.
(*Vuelve rápidamente al proscenio y apoya el codo sobre el respaldo de un sillon en actitud de meditar.*)

ESCENA IX.

EL DUQUE DE YORK. ISABEL. GLOCESTER. BUCKINGHAM, *escondido.* UN OFICIAL DE LA TORRE.

Glocester. Id al consejo. Ya os sigo.
Isabel. No preguntábais por él?
Miradle allí solitario,
contemplativo. Tal vez
sobre el destino del orbe
meditando está. Qué haceis,

Ricardo!

York. (*Con gravedad.*) Estoy meditando.

Isabel. Ved si decia yo bien.

Glocester. Pobre Inglaterrra! Quizá
la privamos de un gran bien
interrumpiendo á su gracia.

Isabel. Hombre de estado, sabed
que á su palabra no faltan
caballeros de honra y prez.
Grave es sin duda el negocio
que os ocupa!

York. Si lo es?—
No decis que un caballero
faltar no debe á su fé?
Pues sobre eso estaba yo
reflexionando.

Isabel. Ea, ven,
locuelo.

Glocester. Pues el honor
manda que un noble sea fiel
á su palabra, la vuestra
cumplid. Vamos...

York. Vos tambien
me habeis dado una palabra,
milord; y la cumplireis,
ó de aqui no salgo..

Glocester. Cómo?...

York. Sobre el tordo palafren
pasear quiero por Londres,
Glocester; y ya vereis
que soy ginete. Está abajo?

Glocester. Otro dia os le daré.

York. Honra es mia apresurarme
á gozar de una merced
de vuestra mano.

Glocester. Mañana.

York. Ahora.

Glocester. Á la tarde. Despues.
Yo os aseguro...

York. Hay caballo?
Parto. No lo hay? Quieto.

Isabel. Qué!

Te sientas? Vamos, Ricardo.
(*Hablándole al oido.*)
Os tendré que reprender
en voz alta? Avergonzada
(*Alto.*)
estoy... Mirad lo que haceis.
Seguidme.

York. No.

Glocester. Resistir
á su madre! Bien, muy bien!

York. Yo, al separarse de vos,
vi llorar mas de una vez
á la vuestra. Peor es eso,
que vos sois mayor.

Isabel. (*Con la voz alterada.*) No ves
que me afliges?

York. (*Levantándose conmovido.*) Yo!

Isabel. Sí; mucho.

York. (*Echándose en sus brazos.*)
Ah, madre mia!

Isabel. Cruel! (*En voz baja.*)
(*Á Glocester.*)
Viene; sí. Segura estaba...

York. No! No! (*Con resolucion.*)

Glocester. (*Impaciente.*) Será menester
llevarle por fuerza.

York. Á mí?
Probadlo, si os atreveis.
Quién lo ha de mandar? La reina
ó vos? Respondedme. Quién?
Sabeis, Glocester, que soy
hijo y hermano de rey?

Glocester. (*Acercandose á él.*)
No dán la ley á los hombres
los niños. Yo os lo haré ver.
(*Yendo á asirle de un brazo.*)

York. Poner las manos en mí!
(*Sacando á medias la daga.*)
Por San Jorge!...

Isabel. Detened!...
Eso ya es imperdonable.
A un tio! Qué avilantez!

Despues de tal atentado,
en dónde os esconderéis?
Quedaos y nadie os vea.
Yo sin vos recibiré
en la torre á vuestro hermano,
y aunque suspirais por él,
ni hoy le vereis, ni mañana,
ni á otro dia, ni en un mes.
Por mi nombre lo prometo,
duque; y ahora no direis
que os faltan á la palabra.
Partamos, milord.

Glocester. (*En voz baja.*) Y á qué
dar un escándalo?... — Son
caprichos de la niñez...
(*Alto.*)
Ya el duque está arrepentido
de su error... Oh! Yo tambien
debo reparar la injuria
que ha picado su altivez.—
Voy á la torre: el consejo
allí me espera. — El corcel,
causa de nuestra querella,
es vuestro. Os le enviaré
al momento; mas yo fio
que vos no le esperaréis.

Isabel. Ya su porfia me cansa.
Quédese.

Glocester. Contra esa ley
derecho tengo de gracia.
Y quién, oh hermana, sin él
gobernar querria? Os ruego
que por mi le perdoneis.
(*Á Ricardo, que vuelve el rostro sin responderle.*)
Milord, quedamos amigos?
(*A la reina.*)
Firmeza muestra el doncel.
Pero el estremo contrario
fuera peor. Me ofreceis
llevarle? Si, que hoy es dia
de indulgencia.

Isabel. Mal haré.

Glocester. No tardeis.
Isabel. Por daros gusto...
Glocester. (*Besándola la mano.*)
Hasta luego.
York. (*Siguiéndole con los ojos.*)
Ah! — Ya se fué!

ESCENA X.

ISABEL. EL DUQUE DE YORK. BUCKINGHAM.

Isab. No os moris de vergüenza?...
York. El campo es mio.
Victoria!
Isab. Delirais?
York. (*Echándose en los brazos de su madre.*)
Dadme un abrazo.
Eduardo vivirá. Victoria.
Isab. Qué oigo!
Peligraba la vida de mi Eduardo?
York. (*Corriendo en busca de Buckingham.*)
Milord os lo dirá. Venid, Buckingham.
— Soy hombre de teson?
Buck. Príncipe amado!
Isab. Vos oculto, Buckingham!... Qué misterio!...
York. Sí; venia mi primo á revelaros
que en la torre... la muerte... él me lo ha dicho,
amagaba á mi hermano... y á mí... á entrambos.
Cómo? Yo no lo sé. — Yo... Perdonadme...
Solo un medio encontré para salvarnos,
para salvar á Eduardo. Él vive... oh dicha!
y... mas mi lengua embarga el sobresalto.
Hablad, milord, hablad.
Isab. Ah! Toda tiemblo.
Tened piedad de mí. Qué horrible arcano?...
Buck. Si juntos en la torre vuestros hijos
pasan sola una hora... Desdichados!
Mueren.
Isab. Por qué?... Gran Dios!...
Buck. Harto os he dicho.
Huid!
Isab. Yo!

Buck. De este alcázar alejaos
vos y el duque de York.
Isab. Al lado mio
qué peligro?...
Buck. Pudieran obligaros
á entregarle vos misma.
Isab. Yo! Á mi hijo!
Quién podria arrancarle de mis brazos?
Quién, milord, quién?
Buck. La fuerza; la perfidia;
un partido implacable que ha jurado
inmolar vuestros hijos...
Isab. Ah! Glocester
conoce á ese partido temerario.
Lo que por Rivers hizo hará por ellos.
Buck. Por Rivers!
Isab. Os turbais? Oh Dios! Acaso?...
Buck. No, reina. El mismo celo que me anima...
Si me turbo es por vos. En riesgo tanto
puedo yo veros con sereno rostro?
El regente...
Isab. En él fio: él es su amparo.
York. Él os vende.
Isab. Quién? Él!
Buck. (*Con prontitud.*) Por qué acusarle?
El tenderá su protectora mano
á la inocencia; su deber es ese.
Isab. Cielo! Y su voluntad?
Buck. Reina... yo os hablo
de su deber. Huid. Aun será tiempo.
Yo corro á verle. Huid: al templo santo
de Westminster volad. Allí un asilo
inviolable hallareis; que sanguinario
nunca allí penetró bando enemigo,
ni sus muros holló poder humano.
Isab. Harto, Buckingham, sus sagrados muros,
harto vieron correr mi acerbo llanto!
Allí gemí lejana de mi esposo
cuando el triunfo engreía á sus contrarios!
(*Al duque de York.*)
Allí entre tumbas y á la luz siniestra
de funerales lámparas tu hermano

lanzó el primer gemido! Ínclitos manes,
cenizas de cien héroes coronados
que le vísteis nacer, salvad ahora,
piadosos acoged á mi Ricardo.
Vamos. No para herirte, hijo del alma,
sobre el materno seno esos malvados
insultarán al sacerdote ungido:
no turbarán el eternal descanso
de tanto augusto túmulo, y á un tiempo
osarán ultrajar con vil escarnio
la magestad del cielo y de la tierra.
Ven...

(*Volviéndose hácia Buckingham anegada en lágrimas.*)

Pero dejo en triste desamparo
á mi Eduardo infeliz. Ay amargura!
Quién le protegerá?

Buck. Suyo es mi brazo.
Mas prudencia, sigilo! Este coloquio
sea para Glocester un arcano.
Si fiel á vuestros hijos persevera...
—Y sola vos, señora, habeis dudado
de su lealtad.—En alas de la mia
mensagero feliz torno á buscaros.
Si aleve quebrantó la fé jurada,
justo, oh reina, será contra el tirano
nuestras fuerzas unir, y su perfidia
hacer que llore, ó fenecer lidiando.

York. Milord, no me olvideis. Con faz serena
arrostraré la lid. Dios soberano
defiende nuestra causa; y si es forzoso,
muera mil veces yo, sálvese Eduardo!

Isab. Tú combatir? Ah! Tú! Ven á mi seno.
Tú morir en la aurora de tus años?
No te apartes de mí: sigue á tu madre,
bien de mi corazon. Sígueme, vamos...

(*Va á partir; párase de repente, y desolada dirige la palabra á Buckingham.*)

Perdonadme, milord. Tengo dos hijos;
¡ay infeliz! dos hijos que idolatro.
Madre soy para el uno, y para el otro
madrastra! Al uno inmolo, al otro salvo;
y yo debo á los dos igual ternura.

Quedarme... huir... Qué haré? Mortal quebranto!
(*Avalanzándose á Ricardo y cubriéndole con sus brazos.*)
Ah!!! Ven. Tú estás aquí! Tú! A tí te veo!
Tú vences! Yo os respondo de Ricardo.
Yo moriré primero si él perece.
Antes que herirle á él me harán pedazos.
Pero el rey... Ante el Dios de las venganzas
respondedme del rey.

Buck. La fé os consagro
de mi honor...

Isab. La del cielo!

Buck. Yo os lo juro.

Isab. Volvedme un hijo!

York. (*Echándose en los brazos de Buckingham.*)
Os deberé un hermano!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en la torre. En el proscenio una mesa con papeles. Dos puertas laterales y una en el foro. Una ventana que dá á la calle.

ESCENA PRIMERA.

GLOCESTER, *apoyando el codo en la mesa.*

Qué! Yo á los mas sagaces cortesanos,
al sabio adusto, al orgulloso grande,
manejo á mi albedrío;
y un niño mis designios desconcierta,
y se burla de mi alto poderío!
En Westminster están! — Muro de bronce
es á mi audacia su recinto sacro.
Habrá osado Buckingham acusarme?...
Traidor!... No obstante, como cuerdo hablaba.
Sea ese débil niño el simulacro:
yo el verdadero rey. Mas... niño siempre,
débil siempre será? Yo cauteloso
leeré en su corazon si á vida oscura
le debo condenar, ó á prematura
muerte cruel. — Mas si mi brazo hiere
de uno solo me libro.
Mis rivales son dos... Si Eduardo muere,
viva, viva Ricardo!... Cuál? Ricardo
(*Se levanta.*)
soy yo tambien! Qué aguardo?

Cómo no vuelo á arrebatar mi presa
aunque la esconda el ara sacrosanta?
Dios... deja obrar al hombre.
No atajará mi planta.
(*Volviendo á sentarse.*)
Dios no: mas sus ministros!... Oh!... Cedamos
á la necesidad. Blanda lisonja
halague su piadosa mansedumbre.
Bajar los ojos hasta el polvo sepa
el que anhele vencer la áspera cumbre,
y mendigar humilde mal su grado
lo que no osa tomar.
(*Vuelve á levantarse.*)
Tú, caro primo,
Buckingham, noble lord, tú has vacilado!
Eso es venderme á medias. Tú te engries
de ser gran mofador; mas una gracia
te guardo... Apostaré que no la ries.
(*Llamando.*)
Hola! — Ese preso... Tyrrel. Al momento
traedle á mi presencia.
Podré contar al menos con su brazo,
que ese no vendrá á hablarme de conciencia.
Ay del cobarde cómplice que osare,
cuando obras pido yo, darme consejos!
A ser víctima mia se prepare.—
Suya es toda la culpa. Tanto orgullo;
y á la misma ralea que escarnece
escede el necio en ánimo plebeyo!!
Dócil su mano ofrece
para un crimen vulgar, fácil, seguro:
no hay alma para mas. Y digno acaso
Buckingham se creerá de alto renombre!...
Pobre, infeliz naturaleza humana!
A lástima me mueve. No hay un hombre,
un solo hombre completo! A medias todo,
(*Viendo venir á Tyrrel.*)
el vicio y la virtud! — Examinemos
á esotro.

ESCENA II.

GLOCESTER. TYRREL. UN OFICIAL DE LA TORRE.

Glocester. (*Observando á Tyrrel, que se queda en el foro.*)
Bien. Un resto de insolencia
deja ver en su frente la memoria
de su antigua opulencia.
Aire de corte... Bien. Seré su apoyo
si es tal como su fama y su semblante
(*Al oficial.*) (*A Tyrrel.*)
le anuncian. — Alejaos. — Adelante.

ESCENA III.

GLOCESTER. TYRREL.

Glocester. Tyrrel te llamas?
Tyrrel. Sí: Jaime
Tyrrel, milord.
Glocester. Eres noble?
Tyrrel. Mucho. Y de mi ilustre casa
solo me ha quedado el nombre.
Glocester. Parece que has disipado
por vivir en el desórden
mas de un patrimonio.
Tyrrel. Cuatro.
Glocester. Y aun devorarías doce.
Tyrrel. Creo que sí; mas no tengo
parientes ya por quien llore.
Glocester. Por cien libras esterlinas
dicen que vos, gentil hombre,
á todos vuestros abuelos
empeñaríais.
Tyrrel. Enorme
calumnia! Sobre esas prendas,
por mucho que las abonen,
no presta nada un judío.
Glocester. Deshonrado estais en Londres
por vuestros vicios. Las deudas
os abruman. No conoce

vuestra alma freno ni ley.

Tyrrel. La independencia es mi norte.

Glocester. Jugador!...

Tyrrel. Quién no lo es?

Glocester. Pero de esos jugadores
sin juicio...

Tyrrel. Si lo tuviera,
la culpa sería doble.

Glocester. El vino te hizo insolente,
quimerista...

Tyrrel. Los licores
son capaces de turbar
una cabeza de roble.

Glocester. Desalmado...

Tyrrel. Es consiguiente.

Glocester. Y homicida en fin.

Tyrrel. Adónde
nos lleva el vicio!

Glocester. Á Tyburn!

Tyrrel. En efecto. Allí de un bote
me echarán á los infiernos.

Glocester. Triste es el viaje.

Tyrrel. Conformes;
pero al fin... me he divertido
por el camino.

Glocester. Ni golpes
de fortuna te han cambiado
ni calabozos...

Tyrrel. Perdone
vuestra gracia. Qué ha de hacer
sino corregirse un pobre?

Glocester. Y si te insultan?

Tyrrel. Prometo
no hacer caso de sermones.

Glocester. Y si lo recobras todo?

Tyrrel. Vuelvo á mis mañas entonces.
Soy perro viejo, y escepto
la virtud, nada en el orbe
es nuevo ya para mí.
Mas si á vivir como un monge
se me condena; prefiero
que la cabeza me corten.

Yo de la hermosa carrera
que me dió tanto renombre
apostatar! Yo! Jamás.
Gastar, triunfar como un prócer,
un duelo cada semana,
escandaloso en amores...
Todo con rumbo y nobleza.
Y amigos! Una cohorte.
Ya veis, cuatro veces rico...
Cosa de alquilar balcones
por vernos era el valor
con que, en torno á un bol de ponche
y tragándole inflamado
sin piedad de los pulmones,
en horrascoso garito
uno con manos veloces
amontonaba guineas
y otro echaba maldiciones.
Entre la crápula, el juego
y el amor, oh cómo corre
rápida y feliz la vida!
Por colmo de sus favores
me dió la fortuna un hijo...
no sé cómo, no sé dónde.—
Mio! eso sí: cara y genio
lo estaban diciendo á voces.
Mi fama hubiera eclipsado;
tal tomaba mis lecciones.
Hubiera sido el demonio
mas hechicero... Ay! el pobre
no es mas que un ángel. Murió!
Mucho le lloré! Y un bronce
le hubiera llorado al verle
tan bello y morir tan jóven.
Para triunfar de mi pena
busco nuevas sensaciones.
Mi alma impetuosa, ulcerada,
de una vez el yugo rompe
de la razon. No mas lujo,
no mas soberbios salones.
La taberna es mi elemento;
desalmados malhechores

mis camaradas y amigos,
y entre los vicios mas torpes
caigo en el profundo abismo
donde al fin á los clamores
de la miseria despierto.
Mi corazon no se encoge
porque me hableis de Tyburn.
Favor me hará el que me ahorque
si he de vivir sin dinero;
y que el cielo me perdone,
ó en la nada me convierta,
ó me lleven cien legiones
de diablos; qué importa? El cuerpo...
listo: el alma... buenas noches!

Glocester. El alma... Si te la paga
bien el diablo, aun serás hombre
de vendérsela.

Tyrrel. Es alhaja
que dudo yo que la tome
de balde.

Glocester. Y si el diablo mismo
el mercado te propone?

Tyrrel. Mal negocio hará.

Glocester. La vendes?
No ha de faltar quien la compre.

Tyrrel. Quién?

Glocester. Yo.

Tyrrel. Qué me dais por ella,
milord?

Glocester. Haré que recobres
cuanto has perdido.

Tyrrel. Veamos.

Glocester. Tu inocencia.

Tyrrel. Si otros dones
no ofreceis...

Glocester. Tu libertad.

Tyrrel. Eso es algo.

Glocester. Tus honores...

Tyrrel. Qué mas?

Glocester. Tu opulencia.

Tyrrel. (*Con prontitud.*) Basta.

Glocester. Alto ahí. Quedemos acordes

primero... Ahora falto yo.

Tyrrel. Qué me quereis?

Glocester. Que me otorgues
pleno poder sobre tí.

Tyrrel. Concedido.

Glocester. Te dispones
á servirme hoy mismo?

Tyrrel. Ahora.

Glocester. Has de comprenderme... ¿lo oyes?
á una mirada...

Tyrrel. Ojos tengo.

Glocester. Segura tu mano y dócil
hiera al que yo te señale.

Tyrrel. No temais que yerre el golpe.

Glocester. Sea quien fuere.

Tyrrel. No entiende
de gerarquías mi estoque.

Glocester. Mi amigo, si yo lo mando.

Tyrrel. Y el mio á poco que estorbe.

Glocester. Manos á la obra!

Tyrrel. Mandad,
que estoy de númen.

Glocester. El conde
de Hereford harto ha vivido.
Líbreme de él esta noche
tu valor.

Tyrrel. No le conozco.

Glocester. Pronto le verás.

Tyrrel. Y dónde
le he de esperar?

Glocester. En Whit-Hall.

Tyrrel. Basta. De mi cuenta corre
si por allí pasa.

Glocester. Yo
le haré pasar.

Tyrrel. Pues que doblen
por él.

Glocester. Me queda un recelo.

Tyrrel. Y cuál?

Glocester. Si alguno en la córte
te conoce todavía...

Tyrrel. Pisé un dia los salones

de palacio... á los veinte años,
y no he vuelto desde entonces.

Glocester. Y por qué?

Tyrrel. Me fastidiaba
la etiqueta.

Glocester. Pues de mi órden,
sir Tyrrel pléguese á ella.

Tyrrel. Lo hará por vos. (*Con gravedad.*)

Glocester. Bien. Gran porte!
Alta la frente y en ella
mostrad los cien infanzones
de quienes venís. Audacia!
Que envidia os tengan los lores!
Que el mundo os parezca estrecho!
Una orgía cada noche;
mas de buen gusto, á lo grande,
y yo os juro por mi nombre
que no han de faltar á Tyrrel
amigos y admiradores,
y no irán á averiguar
los que de su fausto gocen
quién fué ayer y quién es hoy.
Qué tal?

Tyrrel. Me viene de molde
ese plan.

Glocester. Bien. Ya eres mio.

Tyrrel. Por su dueño os reconoce
Tyrrel, con harto derecho,
pues le comprais en un doble
de lo que vale.

Glocester. (*Mostrándole una de las puertas laterales.*)
Alguien viene.
Retírate. (*Siguiéndole con la vista.*)
Por San Jorge!...
Cuanto digan de él es poco.
No mintieron los informes,
vive Dios! — Me reconcilia
con la humanidad ese hombre.

ESCENA IV.

GLOCESTER. BUCKINGHAM.

Glocester. Oh primo! Sumo contento
me causa el veros. Venid;
acercaos.

Buck. Permitid,
Protector, que tome aliento.
Impaciente yo venia
de saludar á mi amado
monarca, que á vuestro lado
ya en la torre le creia.
(*Abriendo la ventana.*)
Mas ya veis, la plebe inmensa
ni un paso le deja dar.
Ni aquí pensé yo llegar.
Uno empuja, otro me prensa...
Mi potro viene deshecho.
Qué gente! Mas cortesía
mostrára la mar bravía
en las rocas del estrecho.
Cuál la multitud esclava
ama al rey! Si es frenesí!
Decia yo para mí
mientras á remolque andaba:
Quién á toda una nacion
osaría sin temblar
el objeto arrebatar
de su ciega adoracion?
Y no porque os hable así
debo seros sospechoso.
Contra el pueblo estoy furioso.
Oh! No abrirme paso! A mí!
Cuando es mas noble la raza
de mi fogoso castaño
que ese plebeyo rebaño
desatado por la plaza!

Glocester. Hablan de la reina?

Buck. Mucho.
Con un entusiasmo!...

Glocester. Está

dentro de Westminster ya.

Buck. Ella!

Glocester. Con su hijo.

Buck. Qué escucho!
Con qué fin?

Glocester. Me harás favor
si adivinas cuál será.

Buck. La habreis dicho algo quizá
que dé causa á su terror.

Glocester. Sí; quizá hablé demasiado.
Todo el mal viene de mí,
primo. Á ser falaz me vi
mas de una vez obligado.
Mas no es mi elemento el dolo.
Torpe he sido: ahora lo veo.
Para insinuar mi deseo
debí fiarme á ti solo.
Tú eres amigo leal.

Buck. No dudeis...

Glocester. (*Sonriéndose.*) La reina es bella,
querido duque, y con ella
presumo que no os va mal.

Buck. Aunque esa beldad austera
muy de mi gusto sería,
si ella se enamora un dia
no será de un calavera.

Glocester. Para cierta empresa mia
yo fiaba en tu valor.

Buck. Contra el altar? Ay, milord!
A la cara nos saldria.
Yo me intereso por vos.
Mirad, milord, lo que haceis,
Ya os lo he dicho. No os armeis
contra los siervos de Dios.
Vos queríais remover
el orgullo episcopal,
la cólera monacal?
Dónde os ibais á meter?

Glocester. Como soy que me confundo
cuando tu juicio contemplo.

Buck. Oh, sí! Puedo dar ejemplo... (*Riéndose.*)

Glocester. Tu talento es muy profundo.

Buck. Los locos de cuando en cuando
suelen muy bien discurrir.
Glocester. Primo, tú has de decidir
de mi suerte.
Buck. (Estoy soñando?)
Glocester. (*Con aire de candor.*)
No obstante, te lo confieso:
tu consejo me irritó.
Mucho! — Pobre primo! Yo
habia perdido el seso.
Un pensamiento infernal
concebí... Lo he desechado.
Me hubiera precipitado
en un abismo.
Buck. Sí tal.
Glocester. Abrázame, amigo fiel.
Tú me salvas.
Buck. Milord!
Glocester. Sí;
tú.
Buck. (Quién me mandaba á mí
hablar tan pronto á Isabel?)
Glocester. El corregidor, lo sé,
dar el golpe prometió.
Irás á verle...
Buck. Quién? Yo!
Glocester. Tú mismo.
Buck. Qué le diré?
Glocester. Que rehuso la diadema.
Buck. Es cierto?
Glocester. Y que así la historia
no infamará mi memoria
con perdurable anatema.
Buck. Pues llevarle es mi destino
tan fausta nueva, hoy, lo espero,
la sabrá.
Glocester. (Si el mensagero
no se queda en el camino.)
(*Óyese rumor popular y gritos de* ¡Viva el rey! ¡Viva Eduardo!)
Glocester. Cuál grita la multitud!
Buck. Se acerca el rey.

Glocester. Gobernemos
ambos á dos; esplotemos
esa precoz senectud.
El pérfido lisonjero
halla tal vez mas abrigo
que el fiel y veraz amigo
si nos reprende severo.
Mas luce al fin la verdad
y en el amigo se piensa.
Tú verás cuál recompensa
lord Glocester la lealtad.
Esa mano!

Buck. Es mi deseo
serviros. Tomad. (*Se dán la mano.*)

Glocester. Mas fuerte.
Amigos... hasta la muerte.

Buck. (Obra el interés. Le creo.)

Glocester. (Primero enmiende su error,
y que lo pague despues.)—
Corramos á Eduardo... El es.

Buck. (Ya ha cesado mi temor.)

ESCENA V.

LOS PRECEDENTES. EDUARDO. EL CARDENAL BOURCHIER. EL ARZOBISPO DE YORK. CORTESANOS.

Glocester. Y os recibo aquí! Yo os ruego (*Á Eduardo.*)
que me perdoneis, milord.
A la puerta de la torre,
á las de Londres mejor,
con vuestros súbditos fieles
confundido, debí yo
(*Se descubre y pone una rodilla en tierra.*)
ofrecer á vuestras plantas
el amante corazon
del mas humilde de todos.

Eduardo. A mis pies? No, tio, no. (*Levantándole.*)
En mis brazos! Ah! Debiera
con acentos de dolor
mezclar ese pueblo fiel
los gritos de aclamacion.
Vano orgullo no me ciega.

Qué hice por él hasta hoy?
Digno objeto de su duelo,
desde el regio panteon
reciba sus homenages
mi padre; que él me dejó
sus leales corazones
en herencia. —Pero vos
solo... Otro tio esperaba...

Glocester. Lord Rivers.

Eduardo. Por qué no estoy
en sus brazos ya? Qué es de él?
Desde que tanto esplendor
por vúestro celo me cerca,
y distinguido escuadron
me guarda, sin darme aviso
Rivers la córte dejó.
El me ha precedido. Cómo
juntos no os veo á los dos?

Glocester. No há mucho espliqué á la reina
de su ausencia la ocasion.

Eduardo. Mi madre! Ricardo! Dónde,
dónde están?

Glocester. Fatal error
de que en el alma me duele
los aleja. Una faccion
se agitaba: doy aviso
á vuestra madre, y veloz
se refugia en la abadía
de Westminster. Yo, yo soy,
milord, mas culpado que ella.
Causa fué de su terror,
la ternura con que os amo,
mi ardiente celo..: Perdon,
perdon os pido!

Eduardo. Ah! Corramos
en su busca...

Glocester. No es mejor
obrar con sigilo? Basta
que vuestra real mano...

Eduardo. Voy
volando á escribir...
(*Corre á la mesa y lo hace.*)

Glocester. Dos letras
que disipen su temor.
(*Acercándose á los prelados.*)
Vosotros, nobles prelados,
con vuestra alta intercesion
la augusta carta apoyad.
Por vuestra boca habla Dios.
Tambien yo iría á Westminster;
mas la santa religion
tanta respeto me inspira,
que no osára, al par de vos,
llevar mi profana huella
á aquella sacra mansion.
(*Mientras Glocester continúa hablando con los prelados.*)
Eduardo. Ah! Dios te guarde, Buckingham.
Buck. Qué tal el viaje, señor?
Os ha molestado?
Eduardo. Un poco.
(*Sigue escribiendo.*)
Buck. Tal voceo y confusion
cansan, fatigan. El pueblo
hasta en amar es atroz.
Mataria á sus amigos
por obsequiarlos mejor.
Eduardo. Tanta lealtad tendré siempre
grabada en mi corazon.
Así á la reina lo escribo.
Glocester. (*A los prelados.*)
Siempre tendré á mucho honor
el serviros. Mi poder
está á vuestras plantas. Oh
(*Tyrrel entra y le saluda.*)
sir Tyrrel! Muy bien venido.
Eduardo. (*Se levanta y se dirige á Glocester.*)
Hé aquí la carta.
Glocester. Milord, (*Tomándola.*)
permitiréis que Buckingham
logre el justo galardon
de su lealtad? Le ofrecí
el condado de Hereford.
Si vuestra regia bondad

confirma este corto don,
será para él mas grato.

Eduardo. Milord, mil gracias os doy
porque me habeis reservado
la mayor satisfaccion
para un monarca: premiar
el mérito.

Buck. (*Al rey.*) Tanto honor
no merezco. A vos os debo!...
(*Aprctando la mano á Glocester.*)

Glocester. (*A Buckingham.*)
Yo soy justo. Al ver que sois
(*Dando la carta á los prelados.*)
portadores de esta carta,
qué duda ni qué temor
detendrá á mi augusta bermana?
Prometed sin restriccion...
Acordadla cuanto os pida.
Cuanto hagais lo apruebo yo.
Caro duque... ó caro conde.—(*Á Buck.*)
Vuestros títulos ya son
tantos, que me pierdo en ellos.—
No quereis ser del convoy?

Buck. Mucha honra es para mi.

Glocester. La reina confia en vos.
Habladla: tranquilizad
su ilusa imaginacion.

Buck. Vuelo...

Glocester. Despues; á la vuelta...
vereis al corregidor.—
(*Mirada de inteligencia entre Glocester y Tyrrel.*)
Debe de estar en Whit-Hall.

Buck. Descuidad. Le veré.

Glocester. (*Dándole la mano, y tocándole en el hombro.*) Adios.
(*Nueva mirada de inteligencia á Tyrrel.*)
Buen viaje, y feliz regreso,
noble conde de Hereford.

(*Buckingham parte con los prelados. Tyrrel les sigue, la córte se retira despedida por Glocester.*)

ESCENA VI.

EDUARDO, *sentado*. GLOCESTER.

Gloc. (Niño! Serás mi rey? Serás mi esclavo?
Le sondearé.) Por fin los parabienes
logré acallar de la importuna córte.
Libre estais: reposad.
Edua. Os lo agradece
esta alma que tan gratas sensaciones
no basta á resistir. Me siento débil.
Arde mi frente y los cansados ojos
¡ay Dios! no puedo alzar.
Gloc. Y de los reyes
hay quien envidie la afanosa vida!
Cuánto mi corazon os compadece!
Edua. Una sola mirada de mi madre
mitigará mis penas. Qué impaciente
la espero! Y mi Ricardo? Le afligia
la ausencia de su hermano? Ansiaba verme?
Gloc. Milord...
Edua. Ah! Sí, sí: el alma me lo dice
donde amor con eternos caractéres
grabó su dulce, su halagüeña imágen.
Ella en mi largo viaje, ufana, alegre
me seguia do quier: la mia en tanto
le consolaba á él; y hablarle y verle
imaginaba yo llorar á un tiempo
y de gozo reir como un demente,
y unido el suyo á mi amoroso pecho
clamar: Eduardo mio! Tú, tú eres!
Gloc. Santo fraternal amor! Cuál me embelesa!
Gozad, reid! Sobre mis hombros pese
la carga toda del poder infausto,
y sus vigilias y su afan perenne.
Sed libre vos, y entre el materno halago,
y la risa, y los juegos inocentes
del hermano que amais, creced dichoso.
Edua. Cuán dulce imperio sobre el alma ejerce
su natural donaire! Cuando él ríe
quién no ríe con él?
Gloc. Pasa y no vuelve

el juvenil verdor. Gozadle, os ruego;
placeres inventad, y en ocio muelle...

Edua. Tal vez así lo haria si el destino,
milord, no me impusiera otros deberes.

Gloc. Qué deberes?

Edua. Soy rey.

Gloc. Oh! Quién lo niega?
Lo sereis, lo sereis; mas no os inquieten
prematuros cuidados; no tan presto
una corona oprima vuestras sienes.
Amargo privilegio! Ay! Hartos dias
le gozareis, milord.

Edua. Aunque la muerte
me sorprenda en la aurora de mis años
debo ver por mis ojos. Cuántas veces
lord Rivers me lo ha dicho! Si en un dia
de cólera fatal no los hubiese
cerrado mi buen padre, ¡ay Dios! Clarenza
á quien amaba, y cuya infausta suerte
tanto lloró...

Gloc. Clarenza! Qué?...

Edua. En la torre
no hubiera muerto el desgraciado.

Gloc. (Tiene
demasiada memoria.)

Edua. Yo gozoso
vengo á ocupar ahora el propio albergue
donde mi tio entró sin esperanza!
Milord, qué diferencia! Esas paredes...
Ah! Su aspecto me aflige.

Gloc. Por qué?

Edua. Han visto
tantas veces correr sangre de reyes!

Gloc. Oh doloroso fallo! Pero al menos
se castigó con él á un delincuente.

Edua. Siempre, milord, el fallo que á un hermano
quita la vida revocarse puede.

Gloc. (Sospechará?...)

Edua. Un hermano! Oh dulce nombre!
Quién será el tigre que al oirlo cierre
el pecho á la piedad? Mi escelso padre
perdonó.

Gloc. Tarde!
Edua. No; que mano aleve
le privó de su gracia apresurando
el sanguinario golpe.
Gloc. No atormenten
vuestra alma esos recuerdos.
Edua. Y podria
desterrarlos jamás? Aun me parece
que oigo clamar á mi angustiado padre:
«muerto es mi hermano! Y yo le he dado muerte!»
Yo reia y jugaba en sus rodillas
cuando á su grito... os acordais, Glocester?
de mortal palidez todos cubiertos
temblásteis, y con lágrimas ardientes
prosiguió: «Qué! Ninguno de vosotros
me ha rogado por él? Quién, respondedme,
me ha recordado los felices dias
de nuestro tierno amor; la adversa suerte
comun á entrambos, cual la dicha un tiempo;
las noches que en el campo, entre mi hueste,
sobre la yerta arena un manto mismo
nos servia de lecho! Ah! Cuántas veces
por cubrir á su rey lo separaba
de su aterido cuerpo! Y yo inclemente
le he condenado sin que amigo labio
la compasion abriera, y me dijese:
El os salvó la vida! Ay desventura!
Ay caro hermano mio!» — Al cielo plegue,
no caiga un dia sobre ti su sangre!
dijo anegando en lágrimas mi frente.
Sobre mis hijos!... Y el dolor apaga
su débil voz que entre sollozos muere.
Lo recordais, oh tio? Mas el cielo
sus temores benéfico desmiente.
Bendecidos sus hijos por do quiera
son dichosos, milord. Su sombra puede
dormir en paz, que vuestro amor nos guarda
y leal vuestro brazo nos defiende.
Gloc. (Respiro.) Esas imágenes funestas
del alma desterrad.
Edua. Si, cuando vengue
la muerte de Clarenza.

Gloc. En quién?
Edua. En vano
se oculta el asesino.
Gloc. Y qué pretende
vuestra gracia?
Edua. Mi brazo justiciero
le encontrará.
Gloc. Temed no se despierten
rencores no apagados...
Edua. Un monarca
que á la justicia acata nada teme.
Gloc. Lo que Eduardo evitó prudente, cauto
lo osaría emprender mancebo imberbe?
Edua. El dia en que se ciñen la corona, (*Se levanta.*)
bajo su peso los mancebos crecen.
Tal vez abrevia el curso de los años
la regia dignidad; tal vez convierte
á los niños en hombres. Ya la imágen
de un porvenir glorioso me engrandece.
En este débil cuerpo el cielo nutre
un corazon viril, un alma ardiente.
Vuestro orgullo seré, milord: lo fio;
mas castigar al asesino aleve
es mi deber primero. Por el llanto
de mi padre os lo juro; y cuanto fuere
mas grande el matador, yo mas severo,
mas terrible seré. Nadie á la muerte,
yo rey, le arrancará: vuelvo á jurarlo.
Gloc. (No reinarás.)
Edua. (*Sentándose nuevamente con muestras de abatimiento.*)
Recuerdos tan crueles...
razon teneis... me matan... Mi cabeza
vacila... Apenas puedo sostenerme.
Gloc. Qué os decia? (*Con interés.*)
Edua. Mas tarde... yo os prometo...
Cuando el sueño... Una hora solamente!
Una hora...
Gloc. Venid y en lecho blando...
Edua. No; aquí reposaré. La reina en breve
llegará. Aquí la espero.—Hablad: os oigo...
Aunque el sueño mis ojos oscurece...

Velando estoy. — Ricardo!... Hermano mio!...
Siempre gozoso!... Oh! Tú... Feliz...

Gloc. Ya duerme.

ESCENA VII.

GLOCESTER. EDUARDO, *dormido.*

Glocester. Hé aquí el rapaz... justiciero,
que habla con tanta altivez,
cuando este dia tal vez
es de su vida el postrero!
Mas si la daga cruel
su sangre sola derrama,
qué haré?

Eduardo. (*Soñando.*) Ricardo!

Glocester. Le llama!
Que venga, y duerma con él!
Que venga, sí! Yo le espero.
Angeles serán los dos
allá en el trono de Dios,...
y yo Ricardo tercero.
Y los lores temblarán
y el alto clero britano;
y la sangre de mi mano
con sus bocas lavarán;
y nada querrán saber,
si halagando su ambicion
les ofrezco en galardon
un átomo de poder.
(*Paseándose con agitacion.*)
Si venir rehusa... guerra,
guerra atroz! No mas ficcion;
y pendon contra pendon
jugaremos la Inglaterra.—
De quién serán los despojos?—
Qué escucho?
(*Corriendo á asomarse á la ventana.*)
Nada! Oh tortura!
La callada noche oscura
surcan en vano mis ojos.
(*Vuelve á la escena y mira á Eduardo.*)

Real corona en tu cabeza,
frágil, cuitado doncel!...
Mas... cuán hermoso!... Oh cruel,
madrastra naturaleza!
Los dones no merecí
que á los mios prodigaste,
y en su hermosura formaste
un sarcasmo para mí.
Pues bien, madrastra, mis manos
ya han destruido tu hechura.
Ya es en honda sepultura
cebo de viles gusanos.
Aquellas formas que un dia
fueron tu orgullo y tu hechizo
pálida muerte deshizo...
y yo vivo todavía.
Yo, la obra de tu crueldad,
aun alzo mi frente al cielo;
yo dechado, yo modelo
de la humana fealdad.
Cubra la tumba no mas
que otros dos vástagos bellos,
y entonces en mí, no en ellos,
solo en mí te gozarás.
(*Aplicando el oido.*)
Oigamos... Son ellos?... Sí.
(*Corre de nuevo á la ventana.*)
Ese lejano rumor...
las antorchas... No es error:
es la reina. Ya está aquí.
Mas qué caminar tan lento!
No llegará hasta la aurora.—
Por qué se detiene ahora?
Será algun presentimiento...
No, que recibiendo está
las súplicas de costumbre!
Qué enfadosa muchedumbre!
Dejadla, dejadla ya.
Si la pudiera atraer
con mis ojos... Ah! Ya llega.
Madre amable! Los entrega
ella misma á mi poder.

Ya está en el puente!— Y su hijo?
Viene sin él! Maldicion!
Mi esperanza fué ilusion.
Mentia mi regocijo.
Y ya creía triunfar!
Dónde, uñas de tigre, dónde
la dulce presa se esconde
que ansiabais arrebatar?

York. (*Dentro.*)
Eduardo!

Glocester. Qué escucho?

York. (*Dentro.*) Eduardo!

Glocester. Él es, si; él es!... Y temia...
A su madre precedia
sin duda el lindo Ricardo.
Oh sorpresa! Y logro ver
aqui juntos á los dos!
Hay momentos ¡vive Dios!
(*Riendo á su pesar.*)
en que asesina el placer.
Loca risa, aqui te encierra;
(*Con la mano en el pecho.*)
no me vendas; muere aqui.
Mios son. Ya están ahí.
Yo seré rey de Inglaterra.

ESCENA VIII.

LOS PRECEDENTES. EL DUQUE DE YORK.

York. Dónde está mi hermano, dónde?
(*Corriendo á él.*)
Eduardo!

Eduardo. Ricardo mio!
Eres tú!

York. Sí, yo el primero,
mi Eduardo.—Apenas respiro.
Galgos hubiera dejado
detrás... Oh, cómo he corrido!
Mi ansia de abrazarte... El es!
Sueño me parece, tio.—

Te vuelvo á ver! No te irás
otra vez. No lo permito.

Eduardo. Espero que no.

York. Jamás!
Te tengo tanto cariño...
(*Tendiéndole los brazos.*)
Otra vez, otra!

Eduardo. Ricardo!
(*Se abrazan otra vez.*)

York. Si otra vez te vas, reñimos.

ESCENA IX.

LOS PRECEDENTES. ISABEL. EL CARDENAL BOURCHIER. EL ARZOBISPO DE YORK. CORTESANOS. *Despues* TYRREL.

Glocester. (*Tomando á la reina por la mano y mostrándole los príncipes.*)
Reina, miradlos. Qué escena
tan tierna! De regocijo
lloro al verlos.

Eduardo. Madre mia!
Al fin os veo!

Isabel. Hijo mio!
Sí, tu madre soy; la madre
que te ama mas que á su mismo
corazon; sí, la que hablaba
siempre de su pobre hijo
afligido, desterrado;
la que soñaba contigo;
la que tus males sufria;
la que en llantos y en suspiros
¡ah! temblando por la tuya
su existencia ha consumido.—
Si ahora tambien, prenda amada,
con lágrimas te recibo,
son de gozo. Nada temo.
Nada ya!

York. (*A Eduardo.*) Su favorito
eres tú ahora.

Isabel. (*Sonriéndose.*) Envidioso!

York. Envidioso? No; os lo afirmo.
Muy feliz!

Isabel. Tomad, tomad.
Mi corazon repartios
en estos amantes besos
que embelesada os prodigo.
(*A Glocester.*)
Tomad!... Perdonad, milord.
En dos meses no le he visto.

Glocester. Todo puede perdonarse,
reina, al maternal delirio,
menos el temor injusto
que os ha inspirado el designio
de huir de un hijo.

Isabel. Yo huir
de mi Eduardo! Y he podido
hacerlo! Ah! Cuánto ha costado
á mi alma! Así, cuando vino
(*A Eduardo.*)
Buckingham, cuando leí
tu tierna carta... Bendigo
la mano que la escribió.

Eduardo. Ah madre mia!

Isabel. El camino
de Londres tomar queria
sin esperar á los dignos
prelados que me acompañan.
(*Volviéndose hácia ellos.*)
Su piadoso celo ha sido
bálsamo de mis heridas.
(*A Glocester.*)
Y cuánto os debo á vos mismo!
(*A los señores de la córte.*)
Y á vosotros, oh milores.
Y al pueblo! Tú eres su hechizo,
Eduardo: todos bendicen
tu nombre; todos sumisos,
sus súplicas presentando,
con alborozado grito
te victoreaban. Hé aquí...
(*Mostrando los memoriales que uno de los lores ha puesto sobre la mesa.*)

Glocester. Oh dicha! Hacer beneficios;
reparar males...

Eduardo. Veamos.

York. (Yo, yo seré tu ministro.

Isabel. (Milord, dejad al regente...

Glocester. (No. Yo á Ricardo revisto
de pleno poder.

York. Bien! Hoy
queda el erario vacío.

Glocester. Haced mucho bien, milord,
pero que sea con juicio.

York. (*Sentado junto á la mesa, y distribuyendo parte de los memoriales entre los señores y prelados que le rodean.*)
Ayudadme, nobles lores,
prelados esclarecidos.
Tomad. Estos para mí.

Isabel. (*A Eduardo.*)
Grande habrá sido el conflicto
de tu alma lejos de mí.

York. (*A Glocester.*)
Ah, tio! Un pobre marino
sin recurso...

Glocester. Le concedo
cien guineas.

York. Corto alivio.
Doscientas.

Glocester. Mirad, milord...

York. Doscientas: lo dicho, dicho.
Se llama Eduardo!

Glocester. Eso basta
para serle yo propicio.

York. Y vos, mi señor, mi rey,
lo confirmais?

Eduardo. Lo confirmo
con todo mi corazon.

Isabel. (*Retirando sus manos, que besa Eduardo.*)
Pero dejad, os suplico,
dejad que os vea la córte;
no diga que yo la privo
de este placer.— Hijo amado!
Cómo el color ha perdido

ese bello rostro! Acaso
tu salud?...

Eduardo. No, no. El camino...

Glocester. Esa dulce palidez
aumenta sus atractivos.

York. (*Se levanta con un papel en la mano.*)
Oh cielo!

Isabel. Cuál es la causa
de tu terror?

York. Este escrito
que en vuestras manos han puesto
con los otros confundido...

Isabel. Cómo tiembla!

York. Ah, madre mia!
Leedle.

Glocester. Dadme acá, niño,
ese escrito tan terrible.

York. (*A Glocester.*) (*A la reina.*)
No! A vos no! — Leed.

Isabel. (*Despues de haber leido el papel.*)
Qué miro!
Rivers!...

Eduardo. Vos temblais, señora!

Isabel. (*Á Glocester.*)
Rivers!—Cuál es su destino?

Glocester. Ya os lo dije.

Isabel. Es muerto! Es muerto!

Eduardo. Rivers? Oh Dios!...

Isabel. Oh delito!

Glocester. Impostura mal fraguada.
Quién de un hecho tan indigno,
quién puede ser reo?

Isabel. Vos
lo preguntais!

Glocester. Si: decidlo.

Isabel. El que no quiere dejarme
ni un apoyo, ni un auxilio
sobre la tierra. Hastings, Rivers,
alevosamente heridos,
no han fatigado su brazo,
que ha jurado mi exterminio.
Se declara por nosotros,

como ellos, un noble amigo,
y ahora sé que por milagro
se libra del golpe impío.

Glocester. Y quién, decid, quién?...

Isabel. Buckingham,
que amenazado se ha visto,
al separarse de mí,
de aleve, infame cuchillo.

Eduardo. Buckingham? Qué escucho! Quién,
quién es el vil asesino?

Glocester. Quién es? Responded. Su nombre?

Isabel. Vos lo preguntais!

Glocester. Lo exijo,...
lo mando. Quién es? Hablad.

Isabel. Es... No me atrevo á decirlo.

Glocester. Quién os lo impide?... Decid,
que el autor del homicidio
soy yo. Coronad la obra.—
A mi furor vengativo
habré yo inmolado á Rivers;
yo á quien su lustre ha debido,
sus títulos, su poder;
yo en cuyos brazos amigos
mañana espera estrecharse
sin soñar vanos peligros!
Yo, aun mas culpable, á Buckingham
para mi víctima elijo;
yo que en él, quince años há,
como en mí propio, confio;
yo que hoy, esta noche, aquí,
de mi amistad impelido,
le he colmado de alabanzas,
y todos me sois testigos
de que por mano del rey
he premiado sus servicios!—
(*Á la reina queriendo apoderarse del papel.*)
Ese papel que me acusa
de quién viene?

Isabel. Ah! Quien lo ha escrito,
sin duda es amigo fiel.

Glocester. (*Cubriéndose.*)
No está firmado?...— Artificio

infame! Traicion! Mentira.
Ay del impostor inicuo!
Tiemble! El regente del reino
calumniado, perseguido,
es acaso una fantasma,
es una sombra? Yo vivo,
yo gobierno en Inglaterra,
y mi supremo dominio
mas límites no conoce
que mi voluntad.

Isabel. (*Aterrada.*) Dios mio!
Harto es verdad!

Glocester. (*Derramando la vista por la asamblea.*)
El que diere
en su corazon abrigo
á tan torpe acusacion,
osa desde aquí á un suplicio,
si con los ojos, no mas,
osa decir: la he creido.

Isabel. Todos callan.

Glocester. La nobleza
será otra vez el ludibrio
de una mujer coronada,
que afrentados, oprimidos
nos tenia, y altanera
atizaba á su albedrío
la tea de la discordia,
hasta conseguir que al filo
de fratricida segur
Clarenza...

Isabel. (*Indignada.*) Milord!

Eduardo. (*Adelantándose hácia Glocester.*)
Qué he oido!
Vos insultais á mi madre!

Glocester. Ya no nos manda el capricho
de la viuda de lord Gray.

Eduardo. La viuda de Eduardo, inicuo!
la reina!— Afuera el sombrero!
(*Quitándoselo.*)
Afuera el sombrero, os digo,
delante de ella!

Isabel. Ah! Qué has hecho?

York. Así! Bien haya tu brio!

Isabel. (*Al rey.*) (*A Glocester.*)
Eduardo! Su edad le escusa.
(*Al rey.*)
—Modérate: te lo pido
(*A Glocester.*)
por mi vida.—Perdonadle.
La culpa es mia.—Es un niño:
soy su madre, y me ama tanto...
Ah! Perdon.

Glocester. Mirad, patricios,
cómo me ultrajan. Juzgad
cuál será vuestro destino.
Ya lo veis: como al esposo
quiere gobernar al hijo.
Si á mi cólera harto justa
cedí, de mi real sobrino
severa fué la leccion,
y ella os servirá de aviso
para arrastrar en silencio
el yugo del despotismo.—
Mas yo sabré combatir
ese funesto prestigio
que humilla á los nobles Pares.
Sea esta torre el asilo
de hoy mas de la régia prenda
por quien, súbditos sumisos,
velaremos.

Isabel. Qué, milord!
Nos separais?

Glocester. De contínuo
le vereis, y por prudencia,
no menos que por cariño,
le repetiréis, lo espero,
que su escelso padre quiso
legarme la potestad
de que en breve, así lo fio,
libre se verá; mas que hoy,
á mi poder sometido
el rey me debe obediencia
si yo le debo, y le rindo,
justo respeto.

Eduardo. En buen hora
ejerced el poderío
soberano que mi padre
os confió: no os le envidio.
Mas respetad á su viuda,
milord, como á Eduardo mismo;
ó no esperaré, os lo juro,
yo que su diadema ciño,
á que dos veces su sombra
me diga en son dolorido:
hijo, vengar á su madre
de alevosos enemigos,
es el derecho mas santo.
(*A Isabel.*)
Partamos. Me ruborizo
de prolongar un debate
tan escandaloso, indigno
de la magestad real.
Venid, reina.
York. Yo te sigo,
Eduardo mio.
Glocester. (*A los señores de la corte.*) Milores,
no os detengo.
(*A Eduardo tomando una luz.*)
A conduciros
va vuestro primer vasallo.
Eduardo. Yo os lo dispenso.
Glocester. Es servicio
muy honroso para mi.
York. (*A Eduardo.*)
Como rey te has conducido.
Ahora te quiero mas.
Isabel. (*A Glocester deteniéndole.*)
Deteneos! Necesito
hablaros.— Una palabra!
Una sola!
Glocester. (*Dando la luz á Tyrrel, que entró al fin de la escena.*) En vos resigno,
gobernador de la torre,
mis funciones.
Isabel. (Oh martirio!)

ESCENA X.

GLOCESTER. ISABEL.

Gloc. Qué me quereis, milady? Hablad: ya os oigo.
Isab. Sin cólera!
Gloc. Ya os oigo.
Isab. Ya mi pecho
ningun temor abriga; no: ninguno.
Gloc. Y qué me importan los temores vuestros?
Isab. Si Rivers va á llegar, como no ha mucho
lo afirmábais, milord...
Gloc. La reina, al verlo,
no dudará de la inocencia mia.
Tanta bondad, señora, os agradezco.
Isab. Ah! no. Yo os creo,... os creo desde ahora,
y de mi error pasado me arrepiento.
Os creo!
Gloc. Sí,... temblando.
Isab. Vos su muerte
decretar! No es posible, no. El fraterno...
amor me arrebataba. El vive, él vive!
Gloc. Tal vez.
Isab. Ni es cierto que traidor acero
á la vida atentase de Buckingham.
Gloc. Por qué no?
Isab. Loca estaba: lo confieso.
Vedme serena ya. Mirad: tranquila.
Gracias á vos, hermano, ya no tiemblo
por mis hijos. Seguros en la torre...
Gloc. Cómo, si yo conspiro contra ellos?
Isab. Si lo osáran pensar, ingratos fueran.
Gloc. Ingratos? No.
Isab. Ni sombra de recelo
me queda, pues los dejo en vuestros brazos.—
Mas ay! este papel...
Gloc. Osais de nuevo?...
Isab. Perdonadme. Me dicen que en la torre...
Gloc. Qué os dicen?
Isab. Imposturas. No me atrevo...
Gloc. Que en la torre... Acabad.

Isab. Amenazados
(*Viva transicion.*)
de atroz muerte los dos... Mas no lo creo,
no lo creeré jamás.
Gloc. Por qué, señora?
Todo es verdad.
Isab. Perdon! Ya no os ofendo
con injustas sospechas. Mas... soy madre!
Si os doleis de las lágrimas que vierto,
si os mueve mi ternura, mi congoja,
mi desesperacion, mirad, os ruego,
mirad por esos niños inocentes:
librad su vida del puñal sangriento.
Gloc. Calmad vuestro dolor. Qué brazo impío
los alcanzára aquí?
Isab. Buen Dios! Recuerdo
que así hablábais de Rivers.
Gloc. (*Sonriéndose.*) Así hablaba.
Isab. Así reíais.
Gloc. Bien!
Isab. (*Resuelta.*) Mi hermano es muerto!
Gloc. Otra vez sospechais?...
Isab. No es ya sospecha:
es evidencia; sí: lo sé; lo veo.
Rivers murió; y á mis amados hijos
quereis matar tambien!
Gloc. Yo!
Isab. Vos... Oh cielo!
Su protector, su padre... Eso es horrible!
Es infame, increible... pero cierto!...
Ah! No lo lograreis. Allí su madre,
allí estará; en la puerta... y en el lecho,
y noche y dia, sin dormir, sin tregua,
ojos y oidos sin cesar abiertos,
brioso el corazon, pronta la mano
á rechazar á un pérfido, á un perverso,
á un vil...
Gloc. Milady!
Isab. (*Mirándole con altivez.*) Tu poder, tu saña
ya no me aterran. Vive á tu despecho,
vive Buckingham; y en defensa nuestra
se apresta á combatir; y arma á sus deudos,

y á los mios y al pueblo; y á los nobles;
y á Londres todo. Sí. Vendrá; vendremos,
él, todos, yo tambien, yo la primera;
y de tus garras, tigre carnicero,
arrancaré á mis hijos, y tu muerte
será á traidores memorable ejemplo.

Gloc. Cesa, imprudente madre! Has olvidado
quién soy? Tú me amenazas!

Isab. No pretendo
amenazaros, no. Por vuestro nombre
os pido, por el llanto en que me anego,
por su sangre, milord, que es sangre vuestra,
por el peligro horrible en que los veo...
El me inspira. Escuchad. Vos me habeis dicho
que contrariar osaban sus derechos.
Por qué matar dos tiernas criaturas?
Si de amor ilegítimo nacieron,
espiran sus derechos. Ellos viven,
y vos reinais.

Gloc. Qué escucho!

Isab. Oh! Lo consiento,
crimen ó no. Me culpareis acaso
porque su herencia os doy? A vos un cetro,
á mi eterno baldon. Si por salvarle
es fuerza que de Eduardo el hijo escelso
sea... infame palabra, horrible!... sea...
un bastardo!... Está bien: no titubeo.
Lo firmaré.

Gloc. Quién? Vos!... Creyera entonces
que las lenguas del vulgo no mintieron.

Isab. Créalo el odio; dígalo la envidia;
qué importa? Vivirán!—Ah! Dadme en premio
de mi eterna deshonra, y de mi crimen...—
que crimen es el mio, infame, horrendo:—
dadme, dadme mis hijos adorados.
Dádmelos! Sí: me los dareis, lo espero.
Piedad, piedad os pide de rodillas
su desolada madre!

Gloc. Oh vilipendio!
Alzad.

Isab. Ay! Á mi hermano se lo ruego;
á mi rey!

Gloc. Basta! Oh colmo de bajeza!
Deshonrar á sus hijos! Y á ese precio
quereis que acepte yo?...
Isab. (*Asiendo sus vestidos.*) Piedad!
Gloc. (*Desviándola.*) Dejadme!
Huiré de vos. De oiros me avergüenzo.

ESCENA XI.

ISABEL.

A tí, mi Dios, en tan amargo trance
á tí me acojo! Tu poder supremo
valga y ampare, y vengue á la inocencia.
Adónde iré? No sé. Dios justiciero,
guíame tú. La vida de mis hijos
te toca á tí guardar. Vela por ellos.
Tu omnipotente brazo los defienda.
A tí, Señor, á tí los encomiendo.
Guarda su vida y te daré la mia.
Quiero morir; pero salvarlos quiero!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una habitacion de la torre. Habrá una ventana, cuyas cortinas aparecen corridas: una puerta lateral; otra en el foro; encima de esta una reja.

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO, *sentado en el lecho.* EL DUQUE DE YORK *en una silla junto á él con un libro en la mano.*

York. Escuchad por vuestra vida,
ó no leo.
Eduardo. La lectura
me cansa.
York. Ved qué pintura!
Magdalena arrepentida.
(*Volviendo la hoja.*)
Si al mirarla te entristeces,
mira á San Jorge. Le ves?
Y el dragonazo á sus pies.
Eduardo. Le he visto ya tantas veces!
York. Oh!... Quereis, mi amado enfermo,
que os cante una trova?
Eduardo. No.
York. Bailo?
Eduardo. Detente.
York. Es que yo...
ó he de hacer algo, ó me duermo.
Jugaremos?...

Eduardo. Ah! No estoy
para...
York. (*Levantándose.*) Nada os dá placer!
Eduardo. Y me dejas?
York. Qué he de hacer?
Qué mal templado estais hoy!
Eduardo. No me siento bueno.
York. (*Volviendo á él.*) Eduardo!
Qué tienes? Ah! Qué te duele?
Dilo. Quizá te consuele
el amor de tu Ricardo.
Mas, di: por qué tus tormentos
quieres tú mismo aumentar?
Siempre te has de alimentar
de negros presentimientos?
Hoy noté, cuando sin ruido
bajé temprano del lecho,
que palpitabá tu pecho
y sollozabas dormido.
Eduardo. Siempre á mi vista esas rosas
de Windsor!
York. Algun ensueño
triste, triste... Fuerte empeño
de soñar siempre esas cosas! —
Cuéntamelo.
Eduardo. Te reirás.
York. No. Te ofrezco, si es terrible,
tener miedo.
Eduardo. Es imposible...
York. Ni ese gusto me darás?
Eduardo. Es tan confuso...
York. Oh! Por Dios!...
Cuenta.
Eduardo. Para ungirme rey,
como es de costumbre y ley,
nos llamaban á los dos.
La voz de mi madre oyendo,
corro á ella y tú conmigo;
mas cuando alegre la sigo....
se aparece un tigre horrendo.
Con los ojos parecia
amenazarnos cruel.

Queria alejarme de él,
y gritaba: madre mia!...
Pero andan, y andan mis pies...
huyendo del inhumano
mónstruo; y en vano ¡ay! en vano
quiero alejarme.

York. Así es.
En un sueño semejante
uno quisiera volar:
se mueve, y no puede andar...
Ay, qué agonía!—Adelante.

Eduardo. Trasportado de repente
en Windsor, el firmamento
se oscurece y ruge el viento
recio, tempestuoso, ardiente.
Tiembla en la hoja la flor;
tiemblan las plantas... Allí
dos tiernos capullos vi
marchitos ya y sin color.
Sus perfumes confundian
de un mismo ramo engendrados,
y el uno al otro enlazados
uno solo parecian.
Unidos los dos así
admirábamos su encanto.
Yo, al verlos en riesgo tanto,
compasion de ellos sentí.
Tú entonces dijiste: Eduardo,
uno eres tú, el otro yo;
y de pronto relumbró
hierro cruel... Ay, Ricardo!
Sangre que el suelo enrojece
del tierno tallo brotó.—
Cual si la vertiera yo,
mi corazon desfallece.
Busco sus despojos yertos
por la oscuridad... en vano;
y cuando bajé la mano
toqué dos niños... ah! muertos!!
Ya no sentí mas horrores,
pero con tono feroz,
llevadlos, dijo una voz,

al panteon de sus mayores.

York. Pues! Ya me has hecho llorar!
Voy á enfadarme contigo.
Ah! De veras te lo digo:
bien te puedes enmendar.
Siempre alimentar tu pecho
de tristezas!... Buen regalo!
Y luego... «me siento malo...»
Ea, alzate de ese lecho.
Yo no pienso en cosas malas.
Me despierto, y á manera
de mariposa ligera,
al sol estiendo las alas.
Imita mi travesura.
Alégrate: corre, salta...

Eduardo. Por dónde? el lugar nos falta.

York. Bien... Se hace cualquier locura.
Cautivo y todo, me río;
que á inocentes guarda el cielo.—
Y siempre tengo el consuelo
de renegar de mi tio.
Maldícele como yo,
y te aliviará el corage.

Eduardo. Yo al regente tal ultraje!
Con qué razon? Eso no.
Cuando se vió calumniado
se llenó de indignacion:
y quién á tanto baldon,
quién se hubiera resignado?
Si un rey conoce su yerro
debe repararlo.

York. Sí?
Tal piensas? Huiré de tí.

Eduardo. (*Sonriéndose.*)
Si puedes.

York. Luego hay encierro?
Presos cual dos criminales
nos tiene; y aun quieres...

Eduardo. Él!
Será posible?...

York. Cruel!
Ya hace tres dias mortales.

Eduardo. No. Exagera tu rencor.
York. Quieres que presos no estemos,
y á nuestra madre no vemos?
Eduardo. Ah! Si... Qué prueba mayor?
York. El alcaide de la torre...
Eduardo. Sir Tyrrel?
York. Oh! pierde el seso
por mí. Me ama con esceso,
y conmigo salta y corre;
pero aunque es buen caballero,
y me cuenta sin empacho
sus diabluras de muchacho...
al fin es un carcelero.
Eduardo. Harto familiar te veo
con él.
York. Sé digno, sé grave
tú, porque un rey, ya se sabe...
Yo hacerle amigo deseo.
Ya su flaco descubrí,
y no en vano. A él lo debemos
si algun fruto apetecemos,
si algun juguete hay aquí.
Y esos libros suyos son;
y estampas tambien envía...
Eduardo. Mas hace. Al caer el dia
salir nos deja á un balcon.
York. Allí es donde yo medito,
mas no con esa tristeza,
levantando mi cabeza
al alto cielo infinito.
Libres gozan la campaña
y el sol poniente mis ojos,
que rayos despide rojos
y en el Támesis se baña.
Y sigo al barco velero,
y á la luna que refleja
sobre los surcos que deja
cantando alegre el remero.
Eduardo. Quién ayer volado hubiera
á aquella mujer llorosa
sentada sobre una losa!
Era mi madre: ella era!

York. Ah!
Eduardo. Yo el primero la vi.
York. El primero tú? Eso no.
Yo antes que tú.
Eduardo. No: fui yo.
Á gritar no me atreví.
Ojos y oidos lijé
con ambos brazos tendidos,
y tus dolientes gemidos,
madre del alma, escuché.
Oh, qué de veces flotó
en el aire mi lenzuelo!
York. Oh, qué dicha, qué consuelo,
cuando el suyo respondió!
Mas nuestro afan incesante
y nuestros besos sin cuento
entre las sombras y el viento
se perdieron al instante.
Eduardo. Ah! Ya nunca la veremos!
York. No. Por qué tanto terror?...
Quizá esta noche su amor...
Tyrrel se acerca. Callemos.

ESCENA II.

LOS PRECEDENTES. TYRREL.

Tyrrel. El arzobispo de York
estos libros os remite,
(*Los pone sobre la mesa.*)
milores, y sus respetos
os ofrece.
Eduardo. Bien. Decidle
que le estoy agradecido.
York. Se acuerda de nuestra triste
soledad. Digno prelado!
Dos cautivos infelices
besan su mano sagrada.
Tyrrel. Cautivos?
Eduardo. Ya no es posible
dudarlo.
Tyrrel. Quizá en la torre

un dia mas os confine
rancia costumbre: enfadoso
noviciado de la insigne
grandeza á que sois llamado.
La etiqueta es insufrible;
convengo; pero cautivos?
No.

York. Y á veinte años, decidme,
os hubiera contentado
nuestra libertad?

Tyrrel. Ni á quince.
Mas vuestra amable inocencia
dentro de mi alma no existe;
y en libertad soy torrente
que rompe vallas y diques.
No me consulteis sobre eso.

York. Quién habrá que no suspire
por la libertad perdida?
Si hay un brazo que me libre,
yo le daré en recompensa
mas que pudiera pedirme.

Tyrrel. No prolongará el regente
la soledad que os aflige:
yo os lo afirmo. Ya la augusta
ceremonia se apercibe.

Eduardo. Es cierto?

Tyrrel. (*Al duque de York.*) No faltará,
milor duque.

York. Ni sir Tyrrel
tampoco. Allá nos veremos.
A ver quién echa mas brindis
por la salud del monarca!

Tyrrel. Con gusto acepto el embite.

York. Lo creo! Y pues tanto os gusta,
con malvasía de Sitges
os haremos la razon.

Tyrrel. Ese en mis dias felices
fué mi mas querido amigo.
Mas de una vez el belitre
me vendió; pero yo siempre,
siempre le estimo.

Eduardo. Qué dices?

Tyrrel. Es chanza, milord.
York. (*Mostrando á Tyrrel.*) Oh! De este
sé yo hazañas increibles.—
Y aun calla mucho.
Tyrrel. Es verdad.—
(*Enternecido.*)
(Cuál se parece á mi Enrique!
Creo estarle viendo ahora.)
Eduardo. Sois nuestro amigo, sir Tyrrel?
Tyrrel. Oh! Sí.
Eduardo. Doleos de un hijo
que desconsolado gime.
York. (*Tomando la mano á Tyrrel y halagándole.*)
No ha de dolerse, si me ama
tanto? Por mí se desvive,
y hará cuanto yo le pida:
no es verdad? Eh?
Eduardo. (*Tomándole la otra mano.*) Nos permites
ver aquí, solo una hora,
á nuestra madre?
Tyrrel. (*Cortado.*) Imposible!...
Si hubiera estado en mi mano...
York. Si ya ha estado aquí, á qué finges?
Tyrrel. Milord...
York. Me lo ha revelado
mi corazon. No te obstines
en negarlo. Palpitando
me ha dicho: ahí está.
Eduardo. Te rindes?
Tyrrel. No puedo.
York. (*Mostrando á Tyrrel un puñado de guineas.*)
Vaya á la suerte.—
Pares ó nones?... No mires.—
Tuyo es el oro, si aciertas;
y si no, fuera melindres,
y venga madre.
Tyrrel. Ah! Milord!...
York. Pares ó nones? Qué pides?
Eduardo. Ricardo!
York. Á suerte y verdad.
Ea, vamos!
Tyrrel. (*Encantado.*) Quién resiste

á diablo tan hechicero?
Pares.

York. Contemos.—Ay, triste!
Perdi!

Tyrrel. Me aflige su pena.
(*Recogiendo las guineas que están sobre la mesa.*)
No es justo que yo me prive
de lo mio;—mas vereis
á la reina, aunque peligre
mi vida.

Eduardo. Es cierto? Oh placer!

Tyrrel. La vereis; sí. Ya lo dije.

York. (*Abrazándole.*)
Yo he ganado mas que tú,
Tyrrel.—Te engañé! Caiste!

Tyrrel. (Ese beso me ha hecho mal.)
Qué tarde tan apacible!
Quereis salir al balcon?

York. Cómo!... Volando. (*Tyrrel abre la puerta.*)

Eduardo. Sir Tyrrel,
si sois leal, no será
vana mi esperanza.

Tyrrel. Fie
vuestra gracia en mí.

York. Fiamos.—
No es necesario advertirte
que deudas de honor se pagan
al punto.

Tyrrel. Á quién se lo dice
vuestra gracia?

Eduardo. Dios os guarde.

York. Adios, carcelero insigne!

ESCENA III.

TYRREL.

Qué amable niño! Se va
tan triunfante, y en olvido
echando el oro perdido.
Bravo jugador será.
(*Despues de una pausa.*)

Su edad, mi Enrique tenia,
su belleza misma.— Aun creo
que besar mi rostro veo
aquellos labios que un dia...
No. Jamás! Lividos, yertos,
ya nunca serán mi encanto
los labios que amaba tanto.
Muertos para siempre, muertos!—
Por qué aumentar su amargura?
Dos dias despues se hará
la consagracion, y ya
no vivirán en clausura.
Que su madre los abrace
un poco antes no es gran mal,
si el régio ceremonial
de todos modos se hace.
Allí en mi cuarto afanosa
esa reina sin consuelo
alza los ojos al cielo
inmóvil como una losa.
Alma oponemos de nieve,
pecadores aguerridos,
á femeniles gemidos;
pero un niño nos conmueve.
Hará de mi cuanto quiera
ese gentil rapazuelo.
Se parece tanto... Oh cielos!...—
Pasos siento en la escalera...
Esa luz... Qué novedad?...
Sin duda al regente guia,
que viene á fijar el dia
de su ansiada libertad.

ESCENA IV.

GLOCESTER. TYRREL.

(*Un oficial de la torre que precede al regente trae una luz, la pone sobre la mesa y se retira.*)

Glocester. Dónde están?

Tyrrel. (*Mostrando la puerta lateral.*)
Allí.
Glocester. Bien. Cierra
la puerta.
Tyrrel. Si vuestra gracia
viene á darles libertad,
iré á llamarlos.
Glocester. Qué aguardas?
Vé á cerrar.
(*Tyrrel obedece.*)
Buckingham vive.
Así cumples tus palabras?
Tyrrel. Se defendió bien.
Glocester. Y tú
le atacaste mal.
Tyrrel. Por mi alma
os juro que no fui manco.—
Mas no se ha perdido nada.
Otra vez será.
Glocester. No es eso
lo que yo de ti esperaba.
Tyrrel. Si hubiera encontrado á mano
á dos buenos camaradas...
Glocester. Quiénes son?
Tyrrel. Dighton y Forrest.
Con ellos no se me escapa.
Glocester. Jamás oí tales nombres.
Tyrrel. Oh! Pues tienen mucha fama.
Glocester. Están á tu devocion?
Tyrrel. Y á la vuestra.
Glocester. Me harán falta
dentro de poco tal vez.
Tyrrel. Hablad, y una puñalada
darán al hijo del sol.
Glocester. Tú presente.
Tyrrel. No me espantan
vagatelas.
Glocester. Á mi vista.
Tyrrel. Cuándo ha de ser?
Glocester. Sin tardanza:
esta noche.
Tyrrel. Dónde?

Glocester. (*Señalando hácia el lecho con el dedo.*)
Allí.
Tyrrel. (*Con horror.*)
Qué oigo! El regente me manda?...
Glocester. No es ya el regente; es el rey
de Inglaterra quien te habla.
Tyrrel. El rey!
Glocester. Sí: el rey. Los prelados
y los lores me proclaman.
Tyrrel. Á vos!
Glocester. Á mí.
Tyrrel. Pero el pueblo...
El pueblo grita en las plazas:
viva el rey!— Uno: cualquiera,
que no es al hombre al que ensalza,
sino á la corona; y yo
me la ceñiré mañana.
Buckingham y sus parciales
á arrancarme se preparan
por la fuerza mis cautivos,
y al pueblo ignorante halagan
dando por cierto y seguro
que Eduardo al romper el alba
me aparecerá en Westminster
libre, y la diadema sacra
sobre su sien; mas yo creo
que un rey para un reino basta;
y si me ha de aparecer,
que sea como un fantasma.
Tyrrel. Ay, él turbará mi sueño!
Si como yo en esta sala
los hubiérais visto ayer
cuando al despertar oraban,...
cuando sus brazos desnudos,
uno del otro en la espalda,
se cruzaban cariñosos,
y sobre el lecho flotaban
confundidos sus cabellos,
y dulce sonrisa blanda
sus puros labios abría,
cual si contarse anhelaran
los sueños del Paraiso!

llena de terror el alma
al ver tan grato abandono,
tal candor y tantas gracias,
no hay valor, hubiérais dicho,
para dar muerte inhumana
á la obra mas hermosa
del cielo.

Glocester. Necia plegaria!
Tú eres mio.

Tyrrel. Sí; lo soy.
Me he vendido al oro... infamia!...
como un condenado. Al oro!—
Y si ahora me lo reclaman,
adónde voy ya por él?—
Designadme un hombre, y caiga
muerto á mis manos; un hombre,
y obedezco: hé aquí mi daga.
Pero dos niños tan bellos,
que con las manos cruzadas
¡piedad! gritarán inermes,
¡piedad, piedad! y en las ansias
mortales me llamarán...

Glocester. (*Conteniéndole.*)
Tyrrel!

Tyrrel. Por qué tanta saña?
Muertos para el mundo todo
en dura prision infausta
vivan solo para mí,
milord; que si así se salvan,
yo en vida me enterraré
con ellos. O bien, al ara
consagrado, Eduardo vista
en vez de las régias galas
áspero cilicio. Yo
á la lúgubre morada
del claustro le llevaré,
y en ella le acompañára;
mas vida de anacoreta,
aunque es muy buena y muy santa,
no es para mí. Con el otro
me iré á Portugal, á Francia,
ó mas lejos, si quereis,

para que sombra no os haga.
Yo le daré mis costumbres,
que, á fé, no son cortesanas,
mis gustos, y hasta mis vicios
tal vez... Qué quereis? Me encanta.
Al solo bien que á mis ojos
costó lágrimas amargas
amo en él; ay! á mi Enrique,
fuente para mi inexausta
de alegría y de dolor;
al astro que me alumbraba
en mis noches de locura;
al hijo que me besára
con su labio moribundo.
Reprobad mi estravagancia,
tratadme de visionario;
mas cuando veo su cara,
su cabellera, sus ojos,
siento estremecida el alma.
Cuando sus agudos gritos
suenen por esas murallas,
los gritos escucharé
del hijo que tanto amaba.
No quiero matar por vos
al hijo de mis entrañas.

Glocester. (Bien lo dije. Ni uno solo!)
Vamos; á qué te arrebatas?
Quizá adoptaré tu plan
que con su vida afiänza
mi seguridad. Veremos...
Mas la alegría y la calma
recobre tu corazon.
Aquí vendrán en las alas
del placer bravos amigos
que á celebrar se preparan
mi exaltacion.

Tyrrel. Esta noche?

Glocester. Mañana la triste carga
de graves negocios: hoy
volvamos á la lozana
juventud. Ea, sé el hombre
de otro tiempo; honra á tu fama.

Quiero que en bello desórden,
y en el placer y en la gala,
y en los generosos vinos,
y en las esquisitas viandas,
venza á tus recuerdos todos
la orgía que nos aguarda.

Tyrrel. No, milord.

Glocester. Rehusar! Quién?
Tú! Imposible. Por qué causa?

Tyrrel. No! Mi embriaguez es terrible.

Glocester. Yo espero que en la borrasca
sir Tyrrel se acordará
de que á su rey acompaña.
No guardará vuestra frente
la firmeza necesaria
para calcular los puntos
del dado que rueda y pára?

Tyrrel. (*Con prontitud.*)
Qué! Se jugará?

Glocester. Tesoros.
Tú verás cuál se derraman
riquezas sobre el tapete;
qué de fortunas naufragan!
Verás rodar esta noche
mas oro que en diez jornadas
de tu juventud.

Tyrrel. Oh! El diablo
me tienta.

Glocester. Sí. Qué batalla!
Este ríe, el otro jura;
este pierde, el otro gana;
ahora el despechado alienta,
ahora el que reía brama.
En tanto espumea el ponche
en inagotable taza.
Y chispea en áurea copa
alegre vino de España.
Oyes? Ya brindan, ya juegan.
Ahora tu ardor desmaya?
Tyrrel! Dejarás morir
tu fortuna en esperanza?
Como quieras.

Tyrrel. No, que iré.
Glocester. (*Con indiferencia.*)
Si algo temes; si te asalta
alguu escrúpulo...
Tyrrel. Iré.
Glocester. (*Lo mismo.*)
Si no estás de humor, no vayas.
Tyrrel. No, que eso fuera empañar
el lustre de cien campañas.
Glocester. Con efecto; si no acudes,
vas á cubrirte de infamia.
Tyrrel. Eh! Larga vida á Ricardo
tercero, y suerte colmada
á Jaime Tyrrel!
Eduardo. (*Dentro.*) Sir Tyrrel!
Tyrrel. Qué voz?... Eduardo me llama.
Glocester. (*Friamente.*)
Bien. Anda á abrirle. Que venga.
Te turbas? Qué es eso?
Tyrrel. Nada.
(*Va á abrir la puerta.*)
Glocester. (Necio soñador, tu brazo
ha de ser de quien lo paga.)

ESCENA V.

LOS PRECEDENTES. EDUARDO.

Eduardo. Oyes, Tyrrel, esos gritos?
Es ilusion que me engaña,
ó anuncian mi libertad?
(*Viendo á Glocester.*)
Ah! Confirmad mi esperanza,
milord. Venís á buscarnos?
Glocester. (*En actitud de retirarse.*)
No es tiempo.
Eduardo. Os vais?
Glocester. Á la patria
debo todos mis instantes.
Graves negocios me llaman.
Eduardo. Si partís para abreviar,
milord, la hora suspirada

en que logremos salir
de esta mansion solitaria,
cuánto os lo agradeceré!

Glocester. Ni es justo que á vuestra gracia
importune mi presencia.

Eduardo. Qué mal me juzgais! Un alma
cual la mia no dá abrigo
á esas pasiones bastardas.
Si cedí por un momento
al ímpetu de mi saña,
conocida mi injusticia
no vacilo en repararla.
Separémonos, os ruego,
(*Con ternura.*)
sin rencor. Un hijo alcanza
siempre el perdon de su padre
cuando humilde lo demanda.
Perdonadme, amado tio.

Glocester. Creed...

Eduardo. Vuestra mano.

Glocester. Basta...

Eduardo. (*Le besa la mano.*)
Olvídese todo. (*Sonriéndose.*)
Cuándo
la consagracion?

Glocester. (*Besándole en la frente.*) Mañana
será coronado el rey.—
Tyrrel, adentro os aguardan.

ESCENA VI.

EDUARDO. TYRREL.

Eduardo. Mañana! Oh felicidad!

Tyrrel. (Aunque aventurado sea,
es forzoso que la vea.)—
A vuestro hermano llamad.

Eduardo. Para qué?

Tyrrel. Mi juramento
olvidais?

Eduardo. Mi madre! Ah! Sí...
Todo es dicha para mí

esta noche.

Tyrrel. En mi aposento...

Eduardo. Allí esta?

Tyrrel. Nadie la vió.
Vendrá al momento conmigo. (*Vase.*)

Eduardo. Ricardo! Ven!— Se lo digo?...
Hasta prepararle, no.

ESCENA VII.

EDUARDO. EL DUQUE DE YORK.

York. En vano miré ¡oh tormento!
hácia la desierta losa.
No ha venido.

Eduardo. Triste cosa!

York. La conociera al momento.
Hoy la luna brilla tanto
sobre la azulada esfera,
que sin pena distinguiera
ó su sonrisa ó su llanto.

Eduardo. De veras, Ricardo?

York. Sí.
Puedo en sus ojos leer.

Eduardo. Aun mejor la vas á ver.

York. Cuándo?

Eduardo. Ahora.

York. Dónde?

Eduardo. Aquí.
Y mañana me corono.

York. Salud al rey de Inglaterra!
Venga ahora á darnos guerra
el Protector de tu trono!

Eduardo. Nada de venganza!

York. Oh Dios!
De placer mi pecho llora.
Libres mañana!

Eduardo. Y ahora
nuestra madre!

York. Entre los dos!

ESCENA VIII.

LOS PRECEDENTES. ISABEL. TYRREL.

Isabel. Saldré, mi palabra os doy,
cuando volvais.
York. Ella es!
Tyrrel. (Ya son dichosos los tres.
Voy á ver si yo lo soy.)

ESCENA IX.

EDUARDO. EL DUQUE DE YORK. ISABEL.

(*La reina se deja caer sobre un sillon anegada en lágrimas y sin hablar.*)

York. Y llora!
Edua. Su dolor me despedaza.
York. Nada decís, oh madre, á vuestros hijos?
Isab. Desventurada!
Edua. Hablad.
York. Ya es rey Eduardo?
Isab. (*Poniéndole la mano en la boca.*)
Ah! Calla, que ese título es la muerte!
Calla por Dios, Ricardo!
Edua. Qué decís!
York. La Inglaterra
reconoce otro rey?
Isab. Oh infamia! Oh suerte!...
Hoy le proclaman y á la faz del cielo
(*A Eduardo.*)
va á coronar su frente la diadema
preparada á la tuya, hijo del alma.
Edua. Quién es?
Isab. El mismo á quién en su hora estrema
para ser vuestro amparo, vuestro númen
tutelar, escogió mi tierno esposo,
y estrechándole al pecho cariñoso,
sean tuyos mis hijos, le decia.
Hermano! En ellos vive el alma mia.
Edua. Glocester!

York. Reinar él!
Edua. Y en vano implora
favor para su estirpe abandonada
la sombra de mi padre!
York. Y tan funesta
nuestra suerte será que ni un amigo,
ni una esperanza?...
Isab. Calla!—Una me resta.
(*Un poco fuera de sí.*)
El prelado de York... Vuestros derechos
él defiende, él protesta...
Mas qué podrá un anciano
contra el pérfido?... Espero; si; confio...
Los ministros del ara
á su voz... Es en vano!
Buckingham me juró... Si él nos ampara...
Mas él... Yo desvario y me confundo.
Ni atino con mi propio pensamiento...
Descansaré un momento.
York. (*Despues de una pausa.*)
Acabad.
Isab. Os decia... Qué os decia?—
(*Con viveza.*)
Van á asaltar la torre.
York. Vos lo esperais!
Isab. Ah, tarde! Entiendes? Tarde!
Siempre, siempre esperar!... Entero un dia
en el cuarto de Tyrrel, devorada
de esperanza y de afan, sin saber nada!—
No ha llegado á vosotros por ventura
ningun secreto aviso?
Edua. No, señora.
Isab. Ninguno? Ni un billete? Oh qué amargura!
Qué hacen pues?—Registrad cuanto os envien.—
Justo cielo! Si ahora
se traba la pelea, y él... Qué digo?
Quién defiende, hijos mios, vuestras vidas?
A cada instante de cruor sedientas
sus manos, sus dos manos parricidas...
(*Cubriéndolos espantada con sus brazos.*)
Escuchad!
York. Qué teneis?

Isab. Su voz horrible
creí escuchar, y por la vez postrera
pensé uniros al seno acongojado.
Y bendecia á Dios; que con vosotros
me hubiera su puñal despedazado!

Edua. A vos! No.

Isab. Fuerza es ya que me separe.
Vuestro peligro y mi deber lo ordenan.
A mis parciales correré de nuevo:
rogaré al tibio, alentaré al cobarde.
Pena es cruel, pero dejaros debo.
Y qué valdrá, infeliz, que yo retarde
el infausto momento de mi ausencia,
y que de aquí me arranque la violencia
del torvo carcelero?
Qué será de vosotros si le irrito?
(*Aparte al duque de York llevándosele á un lado.*)
Escúchame, Ricardo; hablarte quiero
antes de separarnos. Tú no quieres
que perezca tu hermano.
Por tu amor, por mi vida,
dile que ceda, dile...

York. Á ese tirano!

Edua. (*Que ha aplicado el oido.*)
Yo humillarme á un traidor!

Isab. Mas si el impío
te quiere asesinar!

Edua. Venga. Le aguardo.

York. Venga! Yo tengo corazon, y brio.
Escudo de tu pecho será el mio.
Yo moriré por tí.

Isab. Pobre Ricardo!
Entrambos morireis.

York. Bien; pero juntos!

Isab. (*Dejándose caer desesperada sobre un sillon.*)
Y yo!...

(*Los dos príncipes corren á ella. Eduardo se arroja á sus pies, y Ricardo en sus brazos.*)

Yo quedaré sola en la tierra,
y ni tendré el consuelo
de saber el sepulcro que os encierra;
que nadie revelármelo osaría

ni mostrarlo siquiera con el dedo.
Sola me quedaria
y sin nada que amar, ni aun una tumba,
ni aun una piedra fria
donde mis preces y mi amargo duelo
cada noche llevar: donde dijera
arrasados de lágrimas mis ojos:
aquí reposan. Cuando plegue al cielo,
se uniran á los suyos mis despojos.

Edua. Dejaros, y morir! Ah! Yo la vida
amaba, y consagrarla toda entera
á una adorada madre era mi anhelo.
Y sin rubor mi frente
sudará en el desierto noche y dia
para nutriros ¡madre!
con el pan que mi llanto mojaria.
Mas doblar la rodilla á ese verdugo,
venderle mis derechos
á precio de una vida ignominiosa,
hacerme yo el mas vil de sus vasallos,
besar su planta y arrastrar su yugo!...
(*Levantándose.*)
Viuda y madre de reyes,
vos me lo aconsejais?

Isab. Nunca la escelsa
sangre de York sufrió deshonra tanta!
Dignos de vuestro padre generoso,
guardad esa virtud que absorta admiro!...
lloro; y la admiro!
(*Oyendo abrir la puerta.*)
Á separarnos vienen.
Es Tyrrel.—¡Oh momento doloroso!

ESCENA X.

LOS PRECEDENTES. TYRREL.

(*En su rostro y ademanes dejará Tyrrel advertir que sale de una orgía, pero que puede contenerse y conservar cierta dignidad.*)

Tyrrel. Maldita, obstinada suerte!
Oh!... Alguno lo pagará.

(*Á Isabel con dureza.*)
Reina, es tarde. Retiráos.
Ya aquí no podeis estar.

Isabel. Tan pronto!

Eduardo. Algunos momentos!...

Tyrrel. Ni uno solo. Ea! Marchad.

Isabel. Qué mudanza! Qué lenguaje!
(*Mostrándole á sus hijos con terror.*)
No veis qué agitado está?
Su voz, sus ojos... Yo tiemblo.

Tyrrel. Por qué al verme os asustais?
Qué temeis?

Isabel. Vuestras miradas...

Tyrrel. (*Animándose por grados.*)
Qué? Decid.

Isabel. Me hacen temblar.

Tyrrel. Por quién?

Isabel. Por mis hijos, Tyrrel.
Flaqueza mia será;
mas el tesoro que os dejo...

Tyrrel. Qué! De traidor me acusais?

Isabel. Á vos!

Tyrrel. Guardarlos sabré.
Pensais que he perdido ya
la razon?

Isabel. No os enojeis.

Tyrrel. Yo no la pierdo jamas.

York. (*Bajo á la reina.*)
Habladle de su hijo.

Isabel. Tyrrel,
sois padre!

Tyrrel. Á qué renovar
tan dolorosa memoria?
Vos teneis dos hijos, ah!...
Yo ninguno.

Isabel. Los adoro!...
(*Impeliéndolos á los brazos de Tyrrel.*)
Y los fio á tu lealtad.

Tyrrel. Y á qué viene ese terror
si es cierto que en mí liais?
Me disteis vuestra palabra:
cumplirla debeis. Mirad

que si es fuerza recordaros
que hay otro que manda mas
aqui, por San Jorge!...

Isabel. (*Espantada.*) No!
Ya parto.

Tyrrel. Sin vacilar.

Isabel. No sé cuándo; no sé dónde
volveré á verlos. Dejad
que al despedirme les deje
mi bendicion maternal.
(*Tendiendo las manos sobre las cabezas de sus hijos, que caen de rodillas ante ella.*)
Buen Dios! Sobre sus cabezas
que ha postrado la humildad
mirad tendidas mis manos,
mirad mi llanto bajar.
Así los dos sin mancilla
ante vos parecerán.
¿Qué mal han hecho, Dios mio!
Modelos de amor filial
estos dos séres tan puros
como infelices, irán
a unir, si quieres, sus almas
en tu seno celestial.
Pero tú, que los fermaste
tan bellos, Dios de bondad,
déjamelos, y en la tierra
ángeles tuyos serán.
(*Echando una ojeada á Tyrrel.*)
Que los proteja un amigo
noble, piadoso, leal;
que los preceda su madre
al reino de eterna paz,
y allí la madre y los hijos
no se separen jamás.
(*Abrazándolos.*)
Adios!
(*Bajo á Eduardo.*)
Vela por tu hermano.

Eduardo. No hay remedio? Oh cielo! Os vais!

Isabel. (*Bajo á York.*)
Vela por Eduardo.

(*Volviéndose á Tyrrel y mostrándole sus hijos.*)
Tyrrel!
Á mis hijos amparad.
Sed padre otra vez por ellos,
Tyrrel!

Tyrrel. Basta, basta ya.

Isabel. En manos de Dios os dejo.
(*Estrechando al mayor en sus brazos.*)
Eduardo!...

York. Y á mí!

Tyrrel. No mas!

Isabel. Ricardo mio!—(*Abrazándole.*)
Hijos mios!...
(*Despues de besar á los dos repetidas veces.*)
Adios!

Tyrrel. (Me han hecho llorar!)

ESCENA XI.

EDUARDO. EL DUQUE DE YORK. TYRREL.

Eduardo. (*Dejándose caer en el lecho.*)
Adios!... tal vez para siempre!

Tyrrel. (*A Eduardo, mientras su hermano como por inspiracion se acerca á la mesa donde están los libros.*)
Tarde es. Pedid el olvido
de vuestras penas al sueño,
que á vuestra edad viene listo.—
Mas habeis dado en velar,
y así acrecentais vos mismo
vuestros males.

Eduardo. Ah! Sí: al peso
de mis males yo me rindo;
mas vienen del corazon.

Tyrrel. Yo no puedo permitiros
que en velar os obstineis,
milord.

Eduardo. Con qué regocijo
volviera yo á ver el sol!

(*Al abrir Ricardo una Biblia ha dejado caer de ella una carta, y pone el pie sobre ella.*)

York. (Gran Dios!)

Tyrrel. (*Volviéndose á él.*)
No lo habeis oido?
Ya es tarde para leer.
York. Qué ceño! No leo: miro
las estampas.
Tyrrel. El regente,
nada de libros! me ha dicho.
Yo haré que su órden se cumpla.
Eduardo. (*A Tyrrel.*)
Si la reina no se ha ido,
ó luego la veis...
Tyrrel. Lo espero.
Eduardo. Esta cadena os confio.
Sus cabellos y los nuestros
en ella unió su cariño.
York. (Por qué le detiene ahora?)
Eduardo. Dádsela. Sus tiernos hijos
esta memoria la envian.
Tyrrel. Lo haré.
Eduardo. (*A Tyrrel, advirtiendo las señas que le hace York.*) Partid.
Tyrrel. (Oh suplicio
horrible!)
York. Felices noches,
Tyrrel.
Tyrrel. Milord, lo repito,
fuera Biblias y á la cama;
ó no queda un solo libro
aquí. Volveré despues
á ver si estais recogidos.

ESCENA XII.

EL DUQUE DE YORK. EDUARDO.

York. Una carta, Eduardo!
Eduardo. Oh dicha!
De quién es?
York. (*Abriéndola.*) Aun no lo he visto.
De Buckingham. (*Mirando la firma.*)
Eduardo. Qué dirá?
York. Oye.

Eduardo. Lée.

York. «Amados príncipes:

»Aun hay en vuestra ciudad de Londres quien abra»ce de corazon vuestra causa: el arzobispo de York, en»cargado de hacer llegar á vuestras manos esta carta, »algunos antiguos servidores de vuestro padre, y yo que »soy el mas decidido de todos. El pueblo está de vues»tra parte; tengo confidentes en la torre y espero libra»ros á mano armada. No os desnudeis: así estareis pron»tos á la primera señal. Aprovechaos del aviso que voy »á daros, porque de vuestra puntualidad en seguirlo de»penden acaso vuestra vida y el éxito de la empresa. »En el momento....»

Eduardo. Siento ruido.

(*Ricardo oculta la carta en el pecho.*)

ESCENA XIII.

LOS PRECEDENTES. TYRREL.

Tyrrel. (Imposible me será
si los veo...) Qué capricho
es este? Aun estais así!
Veremos si ahora consigo...

Eduardo. Qué quereis hacer?

Tyrrel. Usar
de un rigor que es ya preciso.

Eduardo. Dejadnos esa luz.

Tyrrel. No.

Eduardo. Un momento!

Tyrrel. Que no, he dicho.
No se necesita luz
para dormir.

York. (*Acariciando á Tyrrel.*) Oh... qué arisco!
Sé bueno. Tanto te cuesta?
Haz cuenta que es tu Enriquito
quien te lo ruega.

Tyrrel. (*Próximo á enternecerse.*) Lo siento;
pero...

Eduardo. (*Impacientado.*) Tyrrel, yo lo exijo.

Tyrrel. Vos lo exijis!

Eduardo. Yo.

Tyrrel. El regente

solo ejerce aquí dominio
absoluto. (*Llevándose la luz.*)
Fuí muy débil:
ya no quiero serlo.

York. Inicuo!

Tyrrel. (Su tono de autoridad
me ha vuelto el valor perdido.)

York. Ven á decirme mañana
que te abrace, alma de risco!

Tyrrel. (Mañana!... Huyamos.) Dormid,
dormid... (Infelices niños!)

ESCENA XIV.

EDUARDO. EL DUQUE DE YORK.

(*Oscuridad completa.*)

Eduardo. Despiadado! Y yo creia
que nos amaba!

York. Cruel!
Yo tambien le odio á él.

Eduardo. Ay! Qué es ya nuestra alegría?
Desesperacion!

York. Estrella
fatal! La carta en la mano,
y no poder... Ay! En vano
los ojos deshago en ella!

Eduardo. Oh cielo! Tener asida
la salvacion...

York. Y morir!

Eduardo. Y pensar que va á venir
quizá mi madre querida!...
Bajo ese balcon sentada
dos nombres murmurará;
y nadie responderá
á la madre desolada!
Ay! Ni á la luz la veremos
del astro que antes...

York. Espera!
Dios me inspira.

(*Descorre las cortinas de la ventana, abre una vidriera,*

y penetran por ella los rayos de la luna en el aposento.)

Si pudiera...

Eduardo. Qué haces?

York. Dios mio! Probemos...

Eduardo. Ves bien?

York. No!

Eduardo. Á ver si yo leo.
Dámela.

York. Deja. Veré...

Eduardo. (*Tomando la carta.*)
Con el alma la leeré.
Tanto, tanto lo deseo...
Oyeme:

«...dependen acaso vuestra vida y el éxito de la em»presa.»

York. Adelante.

Eduardo. Atiende.

«En el momento del combate asomaos á los balco»nes de la torre: tended los brazos hácia el pueblo para »escitar su entusiasmo...»

York. Bien!

Eduardo. «Y para que á sus ojos nada se atrevan á »intentar contra vosotros durante la lid que se ha de »travar...»

York. Cuándo?

Eduardo. Deja acabar!

«Están tomadas nuestras medidas para dar el golpe »mañana, ó pasado mañana: esto no se ha decidido to»davía. De todos modos, en la víspera, antes de ama»necer, oireis bajo vuestros balcones el himno nacional »de los ingleses, que será la señal de vuestra próxima »libertad. Esperad, caros príncipes; valor, y *Dios sal»ve al rey!=Buckingham.*»

York. (*Echándose en los brazos de Eduardo.*)
Dios no le quiere matar!
El le guarda; él le defiende.

Eduardo. Cuánto tarda la señal!

York. Nada se oye; mas confia...

Eduardo. No es ya esta noche!

York. (*Alegre.*) Otro dia
de prision. Poco es el mal.

Un dia pasa volando;
mas recobrada la calma,
entrega mi Eduardo el alma
al placer de sueño blando.

Eduardo. (*Despues de tenderse en el lecho.*)
Falta me hace, caro hermano.—
Y tú?

York. Yo tambien?... Iré...

Eduardo. Por tu vida temeré
mientras no estreche tu mano.

York. (Nada se oye. Qué tardar!)

Eduardo. Ven... (*Se duerme.*)

York. Nada! Mas me decido.
Aunque sea afan perdido,
hasta el dia he de velar.
(*Acercándose al lecho.*)
Duerme tranquilo. Aquí estoy.—
No responde. Se ha dormido.
Qué mucho? Infeliz! Han sido
tantos sus pesares hoy!...
Me acercaré poco á poco;
le daré un beso en la frente.—
Otro ahora... Y si me siente?
No mas; no: ya no le toco.
Duerme! Yo la noche yerta
así pasaré impaciente
con el oido pendiente
y con los ojos alerta.—
Cuando los tres nos unamos,
cuál va á ser nuestra alegría!
Nuevos juegos cada dia:
á escoger: los que queramos.

(*Se ve la luz de una antorcha por entre los hierros de la reja que habrá sobre la puerta del foro.*)

De Windsor por la pradera
triscaremos... Oh delicia!—
A tí mi primer caricia,
madre amada; la primera!

(*Óyese en este momento en música instrumental el himno* God save the king.—*York se ha avalanzado á la ventana para escuchar, y vuelve gritando con el mayor júbilo.*)

La señal de libertad!—
Despierta! Oh dicha!

Eduardo. (*Levantándose.*) Ricardo!

York. Nos hemos salvado, Eduardo!

Eduardo. (*Abrazados los dos.*)
Ah! Madre mia!
(*Abrese de golpe la puerta.*)

ESCENA ÚLTIMA.

LOS PRECEDENTES. GLOCESTER. TYRREL. DIGTHON. FORREST.

Glocester. (*A Digthon y Forrest sin cuidarse de los gestos suplicantes de Tyrrel.*) Acabad.
(*Los dos asesinos corren hácia los niños, que caen sobre el lecho dando un grito horrible.— Cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.

Este drama ha sido aprobado para su representacion por la Junta de Censura de los teatros del Reino, en 6 de Mayo de 1849.

del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Gar-
a Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata mujer.—Genoveva.—
.—Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillelmo
-Guillermo Tell.—Guzman el Bueno.—Gracias de Gedeon.—Garras del diablo, *zar-*
ñeros ultramarinos.
el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Her-
honor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del
lija del regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—
estion.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—
ordo.—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—
acífico.—Hombre feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Ho-
onra y provecho.—Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.—Hombre pro-
ja de Fernan Gil.
visaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta
-Intriga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de
ad.—Ya murió Napoleon.
II.—Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan
.—Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Vero-
a en Santa Gadea.—Justicia aragonesa.—Juan el tullido.—Juego de la gallina ciega.
s de carnaval.—Lázaro ó el pastor.—Lealtad de una mujer.—Libelo.—Loca de Lóu-
ca fingida.—Lobo marino.—Lo vivoy lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bru-
s.—Luis onceno.—Llueven bofetones.—La pasion y muerte de Jesus.—Los dos pri-
nuza.—Luis y Luisito.
lan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crímen.—Mar-
uál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—
e la bailarina.—Marido de mi mujer.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massa-
as valellegar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó
Espagnoleto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—
estraordinarias.—Mejor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un co-
emorias de un padre.—Mentir con noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios
mpleo y mi mujer.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi Secretario y yo.—
de Madrid.—Mi tio el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de
-Mocedades de Hernan-Cortés.—Muérete y verás.—Mujer de un artista.—Mujer gaz-
lujer literata.—Mulato.—Mauregato, ó el fendo de cien doncellas.—Maestro de es-
Maestro de baile.—Mancho, piso y quemo.—Mesa giratoria.—Martirios del cora-
s vale tarde que nunca.—Matrimonio civil.
io ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por
enga.—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siem-
or es ciego.—Novia de palo.—Novio y el concierto.—No hay vida mas que en París.—
verano.—Nuevo sistema conyugal.—Novio de China.
cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el lau-
a casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.—Ocasion.
el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hi-
res de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador
.—Paria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—
Carranza.—Pata de Cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, 1.ª parte.—Pelo
esa, 2.ª parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—
Barcelona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de
—Pilluelo de París.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pre-
s.—Poeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por
no esplicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del ven-
Prensa libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—Primeros amores.—Primi-
cipe de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Protestante.—Prue-
nor conyugal.—Puntapié y un retrato.—Puñal del godo.—Por derecho de conquis-
a trufada.—Principio de un reinado.—Programa de Manzanares.
ombre tan amable.—Quien mas pune pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quiero ser
—Quince años despues.—Quien á cuchillo mata.
lete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República con-
Rey monge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—
s.—Rivera ó la fortuna, etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las
s.—Roberto D'Artevelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la for-
parte.—Rueda de la fortuna, 2.ª parte.—Robert Macaire.—Rey de los azotes.—Retra-
ginales.
—Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo
egunda dama duende.—Ser buen hijo y ser buen padre.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Si-
anegra.—Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofro-
laces de un prisionero.—Solitarios, *zarzuela*.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—

Soprano.—Sotillo.—Soto.—Soto mayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.—Si te cate.—Sálvese el que pueda.—Soy yo, *zarzuela*.—Santiaguillo, *zarzuela*.—Sueños de

Tanto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don Tigre de Bengala.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Tome Too jué groma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Traslé á Flandes.—Travesuras de Juan za de sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte.—T vada.—Tutora.—Tomás el montañés.

Valeria.—¡¡Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballe ganza de un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar co celos.—Vicente Paul, ó los espósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Ver apariencias.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Vis Vuelta de Estanislao.—Valentin el guarda costas.—Ver para creer.—Víctima de la c

Un alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafio.—Un dia de campo de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su p Un novio para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo á Un poeta y una mujer.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto do.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tio en Indias.—Una aventu los II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tan y no mas.—Una mujer generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.— no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—U como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.—Última calaverada.—Una perla go.—Una noche y una aurora.—Union liberal.—Un pie y un zapato.—Un error frenoló no sé qué.—Un drama de familia.—Un noble de nuevo cuño.—Un tenor, un gallego sante.—Zaida.—Zapatero y rey, 1.ª parte.—Zapatero y rey, 2.ª parte.

OBRAS.

Figaro: cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.
Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.
Astronomia de Arago: un tomo, 14.
Poesias de **D. José Zorrilla:** se venden coleccionadas y por tomos.
—— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografía: un tomo,
—— de **D. Tomás Rodriguez Rubi:** un tomo, 10.
La Azucena silvestre por **D. José Zorrilla:** un tomo, 10.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.
La Isla de Cuba considerada económicamente, por el Sr. D. Ramon Pasaro tra, Intendente que fué de la misma: un tomo en 4.º, 12.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
Respuesta al dogma de los hombres libres, un tomo, 6.
Composiciones del Estudiante, en verso y prosa: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
Memorias del príncipe de la Paz, seis tomos, 70.
Arte de declamacion, por Latorre, un folleto, 4.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 700 producciones, de las que se han formado:
12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina.**
80 idem del **moderno español.**
40 idem de idem **estrangero.**

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid en la librería de la Viuda é Hijos de D. José Cuesta, c Carretas.

Y en Provincias en las principales.